

La Ilustración Artística

AÑO XXIX

← BARCELONA 22 DE AGOSTO DE 1910 →

NÚM. 1.495

OBRAS CLÁSICAS DE LA PINTURA FRANCESA



LA MARQUESA DE POMPADOUR

retrato pintado por Francisco Boucher (1703-1770)

ADVERTENCIA

Con el presente número repartimos á los señores suscriptores de la BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA el tercer tomo de la presente serie, que es

GUILLERMO II ÍNTIMO

obra interesantísima por referirse al soberano que más ha ocupado la atención pública en nuestra época y á quien el libro que publicamos presenta especialmente en su vida privada, en el seno de su familia, en sus diversiones, en su trato particular, etc.

Ilustran el tomo numerosísimos grabados.

SUMARIO

Texto.—*La vida contemporánea*, por la condesa de Pardo Bazán. — *El estreno de un drama*, cuento de Carlos Foley. — *SS. MM. los reyes de España en Inglaterra*. — *Salzburgo. Fiestas en honor de Mozart*. — *De aviación. El circuito del Este en Francia*. — *Carlos Vázquez*. — *Badalona. Exposición Industrial y Agrícola*. — *Monumento á Prudhón*. — *Problema de ajedrez*. — *El misterio del cuarto amarillo* (novela ilustrada; continuación). — *Valencia. La batalla de flores*. — *Estocolmo. Congreso internacional de la Paz*. — *Libros enviados á esta redacción por autores ó editores*.

Grabados.—*La marquesa de Pompadour*, retrato pintado por Francisco Boucher. — *Dibujo de Sardá* que ilustra el cuento *El estreno de un drama*. — *Paisaje de Girona. Efecto de luna*, cuadros de José M.^a Marqués. — *Los niños y el mar* (lámina). — *S. M. el rey D. Alfonso XIII jugando al polo en Eaton Hall. En la cacería organizada en su honor en el mismo castillo*. — *Colocación de la primera piedra del Instituto Mozart*. — *El circuito del Este de Francia* (seis fotografías). — *Laderas del Cantábrico (Algorta)*, cuadro de J. Morera. — *Silleros*, cuadro de Guillermo Schulze-Rose. — *El rito de la servidumbre*, dibujo de Ricardo Pellegrini. — *El notable pintor Carlos Vázquez*. — *Vista de una de las salas de la Exposición Industrial y Agrícola de Badalona*. — *Monumento á Prudhón*. — *Valencia. La batalla de flores* (ocho fotografías). — *Lawn-tennis*, carroza presentada por el Sr. Ripollés. — *Estocolmo. Congreso internacional de la Paz. Grupo de Congresistas*.

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

Las señoritas de mi pueblo han demostrado excelente sentido. Invitadas á conceder un premio para el concurso hípico, prescindieron de la tradicional, asendereada copa, y regalaron, por suscripción, un rico reloj extraplano, con su cadenita de platino y oro, y su medalla conmemorativa.

Estas copas de plata, premio por antonomasia, son una de las plagas de nuestra época. Hacen la competencia al ungüento amarillo. Llenan, es cierto, el fin de dar á los plateros subida ganancia, porque, á sus otras desventajas, reúnen la de ser el objeto en que la plata labrada, en menor peso, cuesta más. No sería fácil explicar por qué este metal precioso, trabajado en forma de copa para premios, se paga doble ó triple que cincelado ó repujado muy artísticamente para mesa ó tocador. La grey ha aceptado la copa y de ahí no sale. Ofreciendo un objeto más bello ó más útil, crearían infringir los cánones del buen tono.

Copa en los concursos hípicos; copa en el tiro de de pichón; copa en las regatas; copa en el *bridge*... ¿Y qué se hace después con las tales copas? Supongo que guardarlas en un armario, en la inofensiva compañía de los termómetros simbolistas y los acéricos de monjas. Objetos de primera inutilidad, que un día ú otro encontramos cubiertos de polvo en las prenderías, donde estorban, como en todas partes.

Ni aun para beber sirven las tales copas. Pertenece al número de esos artefactos que, si no tienen chispa de bonitos, en cambio no valen de nada. Diríase, en verdad, que al discurrir premios, como al discurrir regalos, nadie es capaz de concebir una idea práctica. Los días de santo y las noches de beneficio, los «amigos y admiradores» compiten en ofrecer al obsequiado, lo más perfectamente superfluo, amén de deleznable. Los actores de fama—según me dijo el graciosísimo bufo Rosell—tienen avisada de víspera á la prendera, para que, al punto de la madrugada, al día siguiente á la *serata d'onore*, vengan á desembarazarles de tanta baratija.

* *

Siempre he creído, y tal vez lo he dicho aquí, que cuando tal género de obsequios se haga con arreglo á las prescripciones del sentido común, las gentes

echarán un guante, uniéndose para comprar, algo rico ó bello, que perpetúe la memoria de una fecha señalada, en vez de enviar doce bomboneras, treinta frascos, veinte canastillas de flores que se ajan antes de llegar á su destino, diez y nueve figulinas de biscoit con la pierna levantada, y trece de esos horribos violeteros Imperio, que á los quince días se desdoran.

Con lo actual, los bazares se sostienen, y los floristas, (encantadora industria, no debe negarse), hacen su agosto en pleno invierno. Hago esta observación, invariablemente, el día del beneficio de María Guerrero, en Madrid. Se convierte en jardín el escenario, al salir á él los ramos, las canastillas, las plantas, los cestos enormes que embalsaman el ambiente. Todo viene coquetón, lindo, lozano, engalanado y pomponeado con lazos de cinta ancha, fina, de los colores de moda. Y calculo la frágil, la efímera vida que está reservada á tanta belleza. Mejor sería—y no me tomen por un espíritu prosaico—un servicio de plata, un juego de Sévres, una estatua, un libro. Sólo que las flores ¡lucen tanto!

Probablemente, nunca variará este modo de ser, ni se desterrarán, mientras haya concursos de esto y de aquello, las copas sobre su pedestal de madera barnizada.

* *

En los concursos hípicos se observa progreso. Se van aclimatando; el público entra en ellos; el ejercicio es á cada paso más lucido y brillante. Yo lo creo muy útil, y además, encuentro que así la oficialidad española se aficiona á los nobles juegos del valor y la destreza. Las condiciones de la victoria suelen ser muy rigurosas. La menor falta perjudica. No importa que se haya salvado admirablemente un terrible obstáculo, una ingente banqueta, si no se evitó rozar una valla ó hacer caer el sombrero del monigote que, en compañía de otros peleles, se sienta ante una mesa servida sobre la cual hay que pasar como volando. En la maestría del caballo, en sus condiciones para el ejercicio, está cifrada la esperanza del jinete; pero también éste necesita ser (como el valiente Spencer, por ejemplo), un semicentauro; saber regir al noble animal de modo que suba, y baje, y salte, y se arroje, y parezca tener alas, y se contenga y lo haga todo puntual y ajustadamente, en momentos difícilísimos.

* *

Raro es el profesional de concursos hípicos que no ha sufrido alguna de esas caídas que parecen, al pronto, mortales de necesidad. Una cicatriz en la frente juvenil delata el lance y asombra que se sobreviva, después de haber pasado diez, doce, veinticuatro horas sin conocimiento. No por eso dejan, apenas restablecidos, de volver á la liza. ¡Las costaladas! ¡Bah! Son incidentes, son menudencias; el que escapa, probablemente no sufrirá otro percance así. Con buen humor de muchachos, se ríen de lo ocurrido. El concurso es una friolera, si se compara á lo que se hacía en la guerra, y sin premios de copas. Pues no eran pocas, las caídas, por aquellos riscos del diablo... Gracias si, al caer, no se rodaba por un precipicio, gracias si todo se reducía á huesos molidos y costillas brumadas. Y con estas gallardas explicaciones, nuestros nervios femeniles se tranquilizan algún tanto, á la hora en que el jinete toma carrera para subir de una arrancada tres metros de pared vertical...

Todo lo que no sea *sport* caprichoso, lo que llena un fin, es de oro para la raza, que conviene mejorar y virilizar sin desmayo. Jugar al *golf*, puede ser diversión de *snoobs*; los concursos hípicos, en cambio, en un país como el nuestro, que posee magníficas razas caballares, responden á tantas indicaciones, que el alentarlos es patriótico.

* *

La Coruña ha festejado estos días, con banquetes y veladas, á un prelado que tiene personalidad y nombre: el obispo de Jaca, D. Antolín López Peláez. Este obispo es un fecundo y prestigioso escritor. En su activo figuran unos veintiocho ó treinta volúmenes de nutrida lectura y sugestivo asunto, y la mayor parte de sus libros, por no decir todos, constituyen estudios muy serios y doctrinales sobre puntos de historia, de sociología, de derecho, de erudición. Hay una relación estrecha entre la vida y los escritos del sabio obispo: siendo canónigo en Lugo, ilustró con su pluma los anales y recuerdos de la bella Catedral lucense. Electo obispo, y proclamado senador, López Peláez hizo una memorable campaña parlamentaria, dando no poco que hablar á la prensa, y algo que

abiar á los ministros, sin excepción de los conservadores; porque el obispo de Jaca no venía á inquietar á los liberales solamente. El reflejo de tan empeñada lucha lo encontramos en los libros que publicó últimamente el obispo, sobre cuestiones que podemos llamar eclesiástico-político-sociales. Entre ellos descuella una labor asidua en favor de la «buena prensa» más ampliamente comprendida de lo que lo ha sido por otros adalides de las mismas ideas, que no conocen tan á fondo como López Peláez este problema capital, según se halla planteado en países extranjeros. Le consagra dos libros muy notables, que, en su terreno, bien puede afirmarse que dejan agotada la cuestión: los titulados *Importancia de la Prensa* y *La Cruzada de la Buena Prensa*. El convencimiento del incansable adalid, de que hoy es la prensa «el explosivo de la idea, más fuerte y más irresistible que cuantos ha inventado la química» le lleva á procurar, por todos los medios, la formación de una prensa católica, fuerte, ilustrada, batalladora, muy superior, si es posible, á la prensa enemiga del catolicismo. No se le oculta ciertamente al obispo lo arduo de la empresa. Conversando sobre asunto de tan vital interés, tuve yo ocasión de manifestarle á mi respetable amigo algunos de los obstáculos con que, en mi modesta opinión, se ha tropezado siempre. En España, la prensa oficialmente católica sufre dos plagas: la violencia sañuda en las polémicas domésticas, por decirlo así, entre católicos, y la insipidez y sosería del texto pacífico. De esto habla el obispo, acertadamente, en su libro *La Cruzada*. Cuando tenía alguna gracia un periódico de la comunión, era que hincaba el diente á sus correligionarios, gastando la fuerza en las campañas de injurias que divierten á la gente maleante. O andaban á la greña, ó se caían de las manos. Yo conozco á una señora católica ferviente, y militante, que, concienzudamente, se suscribe á los periódicos católicos; pero confiesa que no puede llegar, en su abnegación, más allá de haberse suscrita: no le es posible quitarles la faja.

* *

Sin género de duda, si alguien puede realizar, en España, la reforma, y crear una prensa católica poderosa, informada, culta, moderna en el mejor sentido de la palabra, es este obispo, animoso, docto, respetado por sus virtudes, méritos y sabiduría; y, además, convencido de que no hay prensa buena con periodistas malos, que no dominen el arte de hacerse leer, de captarse al público, de ejercer sobre él gustosa sugestión. No pretendo decir que nada de lo que el obispo de Jaca aspira á que se haga, no haya sido hecho en parte; pero hay mucho camino que andar, mucho que heñir en este asunto. El infatigable propagandista es el indicado para dar vuelo á propósitos tan cristianos como europeos.

* *

Lo que ha valido al obispo de Jaca homenajes en la capital de Galicia, no es el aspecto político de su labor, sino otro muy marcado y predominante en ella, el regional. Sin ser gallego, el obispo se ha interesado siempre por lo que á Galicia afecta, estudiando en notables libros las figuras de Feijóo y Sarmiento, y ahora, recientemente, la de un gran santo del país, San Froilán, patrono de Lugo, y en la misma ciudad nacido. Obscuras, escasas y hasta contradictorias á veces las noticias sobre este varón insigne el obispo de Jaca las hace revivir, como al limpiar antiguos frescos, van descubriéndose borrosas formas y colores que el tiempo había nublado. En bello é interesante libro vemos renacer al Santo del siglo noveno, al hijo de la dama del poético sepulcro; primero cenobita, en uno de aquellos repuestos lugares que entonces la contemplación prefería; purificando sus labios con carbones encendidos, para saber si Dios le destinaba á la predicación; favorecido con las primeras sublimes visiones; fraternizando, antes que el Santo de Asís, con el «hermano lobo»; fundando monasterios; por último, obispo y consejero de los reyes. Y había asaz que aconsejar, pues en aquellos momentos, la patria, invadida y rodeada de peligros, la fe, amenazada también, necesitaban del apóstol y del guerrero, de todas las voluntades y de todas las energías espirituales y materiales. La reconquista no se hacía sólo por las armas; hombres como San Froilán contribuían poderosamente á ella.

El haber sacado de la sombra á esta figura tan regional y tan nacional, digna del hagiógrafo y del historiador, es un nuevo título para que en Galicia se quiera bien al «batallador obispo.»

LA CONDESA DE PARDO BAZÁN.

EL ESTRENO DE UN DRAMA, CUENTO DE CARLOS FOLEY (1)



Gineta vió á Javrol empuñar un revólver y apuntarlo á ella...

Después del último ensayo de su drama *Venganza sangrienta*, Javrol se deslizó por los corredores y esperó á Gineta de Brionne á la salida del teatro. Aquella mujer joven, alta, hermosa, con su alegría insolente, su aplomo lleno de fatuidad y sus ademanes de burlarse de todo, no había cesado de coquetear con Mouvard, el director de la compañía, mientras los demás actores trabajaban, lo cual exasperaba á Javrol, hiriéndole así en su vanidad de enamorado como en su orgullo de autor.

—Bien interpretada, decía, representada con alma, mi obra marcha perfectamente y el terror va creciendo hasta la escena final; pero precisamente esta escena, la única en que sale Gineta, esta noche, en el ensayo general, hará reír á los espectadores en vez de infundirles espanto. Y todo porque esa cómica de la legua, en vez de simular el pavor, se obstina en conservar ese aire de imbécil que todo lo echa á broma, y dice su única frase, que es un grito de desesperación, como si fuese un chiste. Mouvard, que podría hacerle alguna observación, la corteja y por lo mismo nada le dice. Es, pues, necesario que yo le hable, y muy claro.

Precisamente en aquel instante la bella actriz salía sonriente y bromeando con el director. Javrol, seducido por Gineta antes que Mouvard, la había hecho contratar en aquel teatro. Indignado por tanta ingratitud y torturado por los celos, complacióse en turbar aquel alegre coloquio, y encarándose con la joven, la apostrofó en estos términos:

—Amiga mía, no he querido humillarla delante de sus compañeros; pero si se empeña usted, á pesar de mis observaciones, en representar su escena del modo absurdo que la interpreta, destruirá usted todo el efecto de mi drama, y mi obra será un fracaso.

—Amigo mío, respondió Gineta sin desconcertarse, yo represento mi papel tal como lo siento y usted darse por muy satisfecho de tenerme como intérprete de ese mamarracho. ¡Cuidado si es diver-

tido su dramón! ¡Ni un mal chiste! Y precisamente mi género es reír y hacer reír. Ya sabe usted que soy muy chistosa.

—En este caso debía usted haber renunciado al papel en vez de suplicarme que se lo diera. Ya ahora le advierto que si esta noche, en el ensayo general, no pone usted más alma en su mímica y en el grito final... —¿Piensa usted que voy á desfigurar mi voz y á desganitarme por esa..., quisicosa? ¡Se está usted haciendo pesado! Mi director me encuentra bien y todo lo demás me tiene sin cuidado. Y después de todo, esas ehinchorrias de usted son hijas no tanto de sus agravios de autor como de su despecho de celoso... ¡Creyó usted engatusarme y volverme loca no más que con requebrarme! ¡Vamos, hombre, no se haga usted ilusiones! ¡Una muchacha como yo no se ha hecho para usted!

Y á estas añadió otras cuantas impertinencias. Javrol, nuevamente becado como autor delante de su director y humillado como amante en presencia de su rival afortunado, sintióse arrebatado por la cólera y exclamó con acento amenazador:

— ¡No me exaspere usted, Gineta!

Mouvard, joven y bisoño en el oficio, que se había hecho la ilusión de ser el primer cortejo de la bella actriz, torció el gesto al oír aquella alusión á unas relaciones anteriores con Javrol; pero al fin intervino en la disputa y lo hizo imparcialmente, calmando primero al autor, cuya obra podía ser un éxito, y aconsejando luego á Gineta, en tono más seco del que ella esperaba, que fuese á descansar, en espera de la batalla de la noche.

Cuando se vió en la calle solo, Javrol recobró su sangre fría; un impulso de altivez calmó el dolor de su herida, y recordando la provocativa insolencia de Gineta y las humillaciones que le había inferido en aquellos últimos días, comprendió que podría olvidarla y que el tiempo amortiguaria su decepción amorosa.

Pero el autor no se sentía igualmente resignado. Su drama emocionante había de hacer estremecer al público, había de tener un éxito ruidoso, y aquel éxito, que él presentía como seguro, Javrol lo acariciaba, lo quería, costase lo que costase.

—Es menester, decía obstinadamente, que esa necia aparente de un modo real tener miedo y no cause la impresión de que le hacen cosquillas cuando lanza el grito final. ¿Mas cómo lograr esto de una mala cómica ofendida, solapada y rencorosa? Desde nuestra última agarrada no debe tener más que una idea: mostrarse tan placentera como pueda para hacer fracasar mi obra.

El encontrar solución á este problema costóle á Javrol tanto como el combinar un desenlace sencillo y natural de un complicado drama en cinco actos.

De pronto, creyó haber dado con el quid y entrando en un café pidió recado de escribir, puso en el sobre el nombre de Gineta de Brionne y la dirección del teatro y trazó luego en el papel tres líneas que desmentían en absoluto su resolución de olvidar y desdeñar á la actriz.

¿No se había curado Javrol de sus celos?

Habiase levantado el telón; la sala estaba enteramente llena de un público ruidoso, distraído, reacio, al parecer, á dejarse emocionar. Y sin embargo, desde las primeras escenas del drama, los espectadores prestaron atención y el silencio fué absoluto, solemne.

Javrol no había parecido por el escenario, por nadie se preocupaba de tal ausencia, porque son muchos los autores que, en noche de estreno, esperan fuera del teatro su fracaso ó su triunfo.

Mouvard, el director, permanecía detrás de la decoración, inmóvil y un tanto inquieto.

—Paréceme que la cosa marcha y que el público ha entrado en la obra, decía en voz baja.

Cerca de él, apoyada en el montante de un bastidor, atenta al aviso del traspunte, elegante, fresca, hermosa, pero con la malicia reflejada en los ojos y mordiendo con sus dientes blancos sus labios rojos, Gineta decía á media voz y con sonrisa despreciativa:

—¿Un éxito? ¡Poquito á poco, que aún no hemos llegado al final! ¡Conque, señor autor, se ha creído usted poder amordazarme, y usted, señor director, se ha permitido dar crédito á las cosas malas que de mí se dicen! ¡Pues ahora verán ustedes el caso que de los dos hace Gineta! Quiero que mi entrada en escena haga reír á todo el mundo y para mi grito final reservo un maullido de gato á quien estrangulan, que hará desternillarse de risa á toda la sala. ¡Vaya con el dramón ese!

(1) Reproducción autorizada para los periódicos que tengan celebrado contrato con la *Société des gens de lettres* y prohibida para los demás. Reservados los derechos de la presente traducción.

Apenas la colérica actriz terminaba su monólogo rencoroso dicho en voz baja, un tramoyista le entregó una carta. Sorprendida, Gineta la abrió y á la luz de unas candilejas leyó estas cortas líneas cuya violencia romántica prodújole gran sobresalto:

«¡La adoraba á usted..., ahora la odio! El amor que me embriagaba se ha trocado en unos celos que me torturan. Sufro y por esto voy á vengarme esta misma noche, durante la representación, cuando esté usted en escena.»

Aunque su fatuidad le hubiese permitido ser escéptica, Gineta no habría dudado: aquel billete iba firmado por Javrol.

—Prepárese; dentro de un momento ha de salir usted, díjole el director.

La actriz se estremeció, bruscamente arrancada al estupor en que la había sumido la enigmática misiva, y ocultó rápidamente en su pecho el papel comprometedor.

—¿Qué le pasa á usted?, preguntóle Mouvard, que la había visto palidecer.

—No sé, un malestar repentino...

—¡Por Dios, no hagamos tonterías en este momento! ¡Ea, á la escena! ¡Sobre todo no estropee usted el efecto de su salida!

Gineta, que no se atrevía á explicar lo que le pasaba por miedo de aumentar las sospechas de su enamorado director, preguntábase cada vez más inquieta y asustada:

—¡Javrol! ¡Vengarse! ¿Pero cómo? ¿Estará en el teatro?

Mouvard, irritado por aquella vacilación, la empujó hacia la escena.

Al aparecer aquella mujer aterrorizada, el silencio y la atención subieron de punto. Un estremecimiento recorrió toda la sala y el público, emocionado ya, comprendió que el drama triunfaba.

Gineta, en el entretanto, se hacía la siguiente reflexión:

—Pero aunque Javrol estuviese en el teatro, ¿qué puede contra mí? ¿Silbarme? ¡Bah, esto sería silbarse á sí mismo!

Y cuando, tranquilizada por aquella idea, pensaba de nuevo en su venganza y en convertir en risa la emoción del público, una mirada que lanzó á la casilla del apuntador llenóla de espanto.

Javrol, sin duda para poder obrar con mayor seguridad, había suplantado al apuntador y estaba allí, apuntando él mismo su drama. ¡Pero en qué estado se hallaba! Lívido, con los labios contraídos

por sonrisa diabólica, con el rostro descompuesto por la rabia, con los ojos fuera de las órbitas como un loco furioso.

Al verle, Gineta tembló con tal miedo, que éste

sar el drama ni, lo que era peor, para lanzar siquiera un gemido.

En aquel momento patético en que la voz se ahogaba en su garganta, Gineta vió á Javrol empuñar un revólver y apuntarlo á ella; y entonces, al mismo tiempo que caía de espaldas, escapóse de su pecho el grito, agudo, estridente, verdadero aullido de espanto.

Hubo un silencio de miedo supremo que ninguna detonación turbó y un estremecimiento sensacional, decisivo, agitó la sala entera, que se sintió arrebatada, cautivada, arrastrada y subyugada por aquella escena irresistible.

El efecto fué colosal.

El telón hubo de levantarse ininidad de veces entre aplausos atronadores; los hombres lívidos, de pie; las mujeres clavadas en sus asientos hondamente impresionadas; las acomodadoras asomándose á las puertas de los palcos; los municipales de servicio que sentían bañada su frente de un sudor frío; hasta los bomberos, helados como si hubiesen recibido en pleno pecho el chorro de sus bombas, todos, en una explosión de entusiasmo, aclamaron al autor, á los actores y al director.

—¡Qué gran dramaturgo ese Javrol!

—¡Qué admirable actriz esa Gineta!

Tales eran las exclamaciones que se oían por doquier, mientras se sucedían las llamadas á la escena y la ovación continuaba cada vez más formidable.

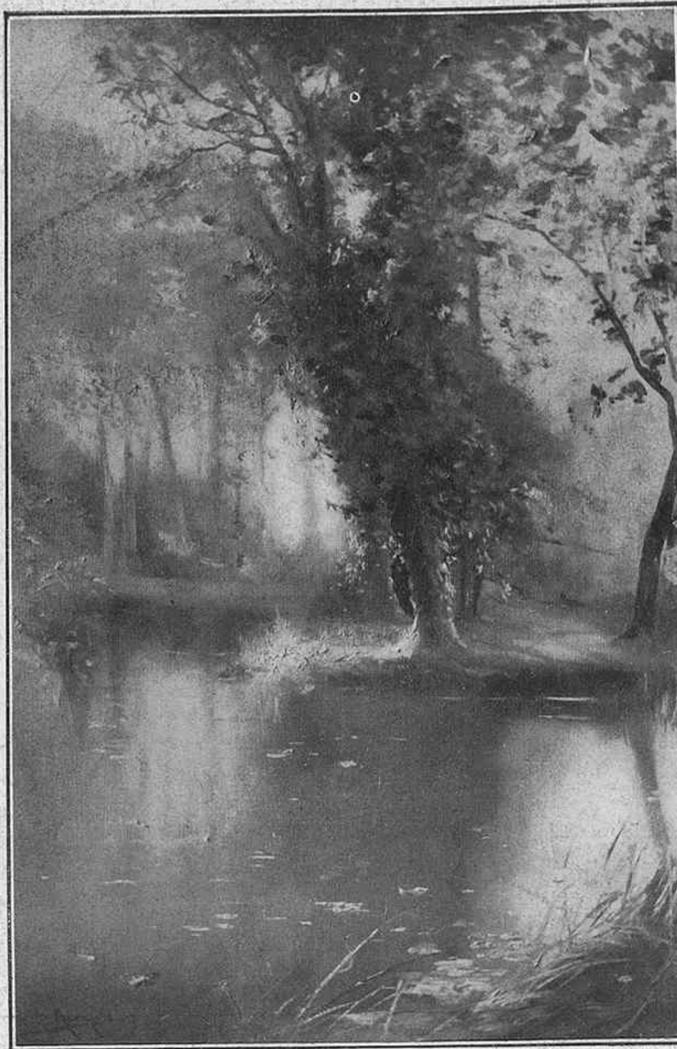
Aquello significaba la gloria, la fortuna, quinientas representaciones...

Desde aquella noche, Mouvard se cree el director más lince de París y Gineta de Brionne ha abandonado el género cómico y no quiere crear más que dramas.

En cuanto á Javrol, por muy grandes triunfos que le reserve el porvenir, considere que su treta de aquella noche será siempre el mejor parto de su ingenio.

Por muy bueno que le parezca su *Venganza sangrienta*, á ese drama interesante, aclamado en la escena, prefiere... la farsa que la noche del estreno representó él desde la casilla del apuntador.

(Dibujo de Sardá.)



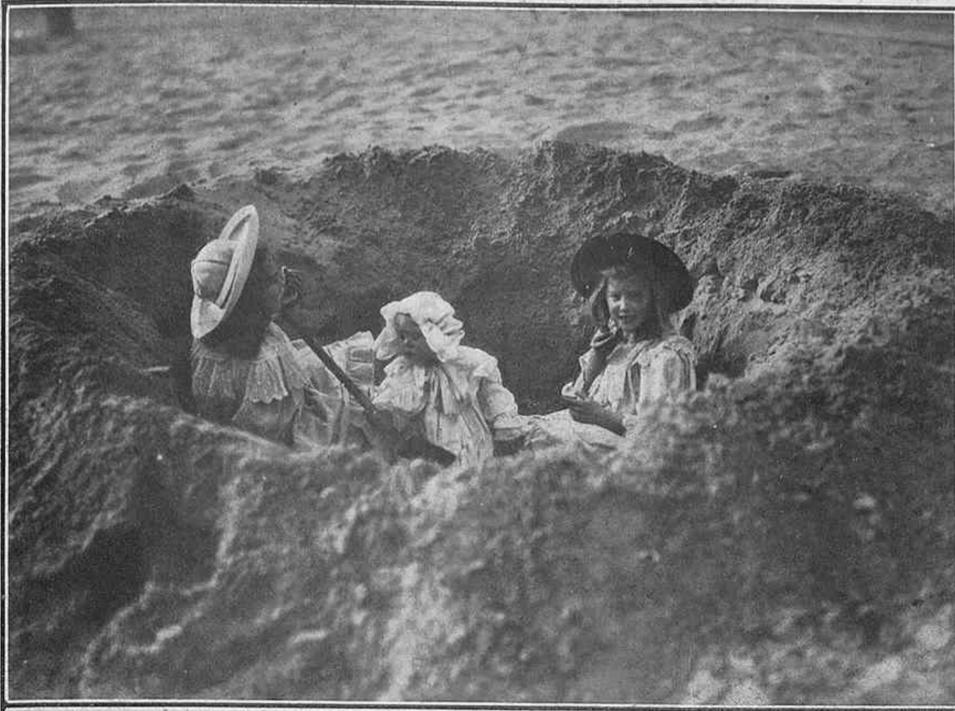
Paisaje de Gerona, cuadro de José M.^a Marqués

se comunicó al público. En el entretanto, el actor que con ella estaba en escena había terminado su relación y hacía el ademán asesino que había de provocar el famoso grito de terror; pero la actriz, petrificada por las terribles miradas de Javrol, no tenía alientos ni para realizar su propósito de hacer frac-



Efecto de luna, cuadro de José M.^a Marqués

LOS NIÑOS Y EL MAR



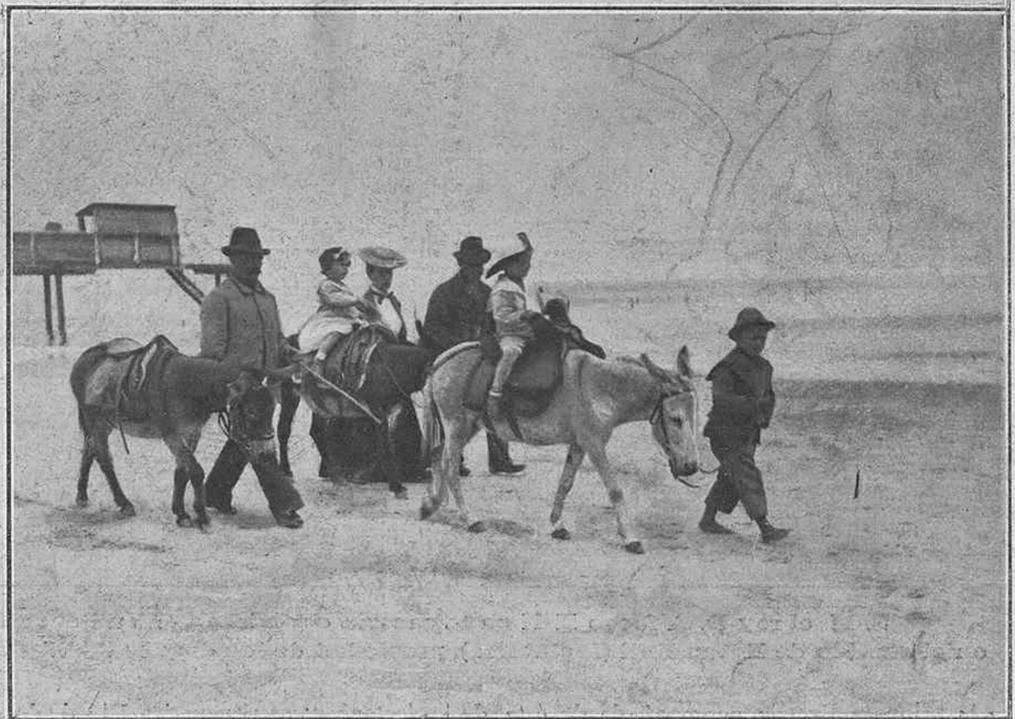
Un nido en la arena.



Dos buenos amigos.



¡ Un pescado !



Paseo en burros por la playa.



Está demasiado fría.



Miedo á las olas.

(De fotografías comunicadas por Carlos Delius.)

SS. MM. LOS REYES DE ESPAÑA EN INGLATERRA

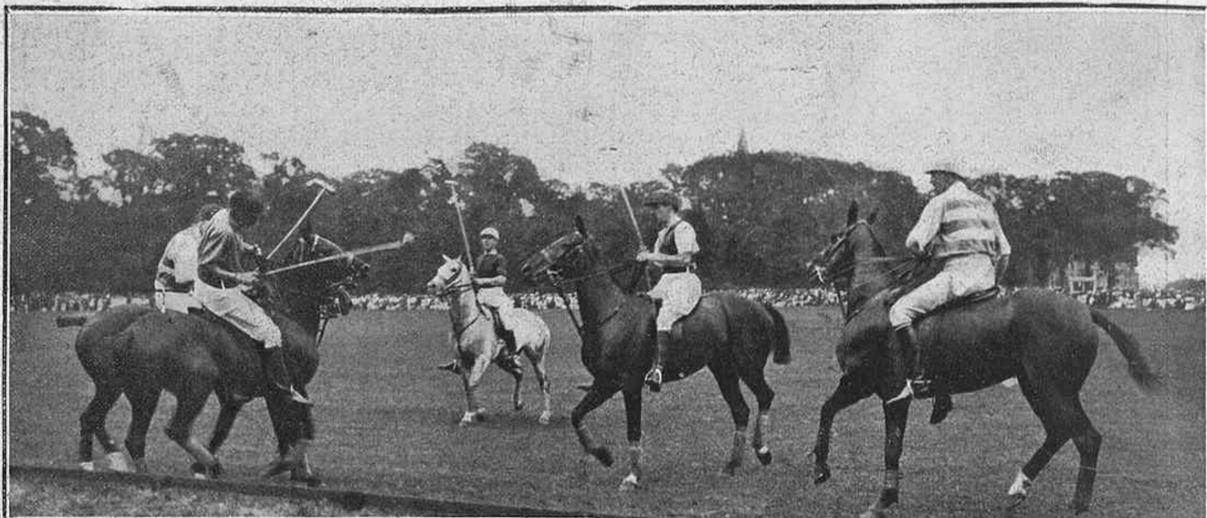
Apenas instalados nuestros soberanos en Osborne Cottage, D. Alfonso XIII presenció y tomó parte en algunas de las famosas regatas que todos los años, en esta época, se celebran en Cowes.

Asistiendo como espectador a una de ellas, ocurrió en el yate en donde iba, el *Shamrock*, propiedad de lord Lipton, un accidente que pudo tener fatales consecuencias; en efecto, el palo de popa de la mencionada embarcación se rompió, cayendo con la vela que sostenía sobre la cubierta. Por fortuna, el percance no causó el menor daño, obligando únicamente al rey y a sus acompañantes a desembarcar. Reparada la avería, el *Shamrock*, llevando a bordo a D. Alfonso, tomó parte en la regata que se efectuó dos días después, ganando el premio del comodoro.

Mientras el rey se dedicaba a estos deportes marítimos, la reina Victoria hacía algunas excursiones, en una de las cuales recorrió las costas de la isla de Wight a bordo del yate *Sheila*, de su

Una de las fiestas que más complacidos dejaron a nuestros soberanos fué una parodia de una corrida de toros, en la que intervinieron el duque de West-

regresaron a Londres, adonde llegaron a las ocho de la noche. Al día siguiente, la reina marchó a Osborne Cottage, acompañada de la duquesa de San Car-



S. M. rey D. Alfonso XIII jugando una partida de polo en Eaton Hall. (De fotografías de L. N. A. Photo.)

los y del duque de Santo Mauro, y el rey, con el conde de Viana, se dirigió a Douvres y en el yate real *Giralda* partió para Ostende con objeto de visitar a su tía la archiduquesa Federico. Por la noche embarcó de nuevo en el *Giralda*, llegando en la madrugada del lunes a Cowes.

SS. MM. permanecerán en Inglaterra hasta últimos de este mes.

SALZBURGO. FIESTAS EN HONOR DE MOZART

Organizadas por la sociedad internacional denominada «Mozarteum» se han celebrado en Salzburgo, ciudad natal de Mozart, grandes fiestas musicales en honor del compositor inmortal. Se han cantado dos óperas, *La flauta encantada* y *Don Juan*, y ejecutado en el «Aula académica» cuatro grandes conciertos, uno de ellos de música sacra y los demás de música de cámara, unas y otros a cargo de cantantes y músicos eminentes.

El último día ejecutóse en la Catedral la misa llamada del Credo, y terminada la función religiosa efectuóse con gran solemnidad la colocación de la primera piedra del Instituto de Mozart, acto que presidió el archiduque Eugenio, en representación del emperador Francisco José, y al cual asistieron las autoridades, multitud de celebridades musicales y numeroso público.

El Instituto de Mozart, fundado por la citada sociedad «Mozarteum», será una especie de conservatorio internacional de música, en donde serán admitidos estudiantes de todo el mundo; comprenderá, además de las salas destinadas a clases y de las dependencias propias de una institución de este género, un salón de conciertos y un museo donde se guardarán los manuscritos, recuerdos y las reliquias que se conservan de Mozart.



S. M. el rey D. Alfonso XIII en la cacería organizada en su honor en el castillo de Eaton Hall (Inglaterra), propiedad de los duques de Westminster

madre la princesa Beatriz, acompañada de ésta, de las princesas Cristián y Victoria de Schleswig-Holstein y de su hermano el príncipe Leopoldo.

Invitados por los duques de Westminster, han permanecido SS. MM. algunos días en el suntuoso castillo que poseen aquéllos en Eaton Hall. En su obsequio hanse organizado en aquella magnífica residencia multitud de fiestas, partidas de polo y una cacería. D. Alfonso ha tomado parte en varias partidas de polo, una de las cuales fué presenciada por más de cuatrocientas personas invitadas por los duques. En el *match* que se disputó durante varios días fué vencido por seis tantos el bando a que pertenecía nuestro monarca y que formaban, además de él, lord Castlereagh y los Sres. G. Miller y P. Nickalls; el bando contrario lo constituían el duque de Westminster y los Sres. Windham, M. Nickalls y D. Miller.

minster y otros personajes. El sábado, día 13, dieron SS. MM. por terminada su estancia en Eaton Hall y



Salzburgo.—Solemne ceremonia de la colocación de la primera piedra del Instituto Mozart, efectuada el día 6 de los corrientes bajo la presidencia del archiduque Eugenio, en representación del emperador Francisco José, (De fotografía de Carlos Delius.)

DE AVIACIÓN.—EL CIRCUITO DEL ESTE DE FRANCIA

Pocos concursos de aviación han despertado tanto interés como el organizado por el periódico parisiense *Le Matin* con el nombre de «Circuito del Este.» Y este interés se explica perfectamente teniendo en consideración no sólo la cuantía de los premios ofrecidos, sino además y muy principalmente

metros). En los días intermedios de etapa á etapa, debían celebrarse en las ciudades términos de cada una de éstas mitines de aviación reservados á los que tomaban parte en el circuito. Los premios que debían adjudicarse eran los siguientes: el de 100.000 francos ofrecido por *Le Matin* para el triunfador

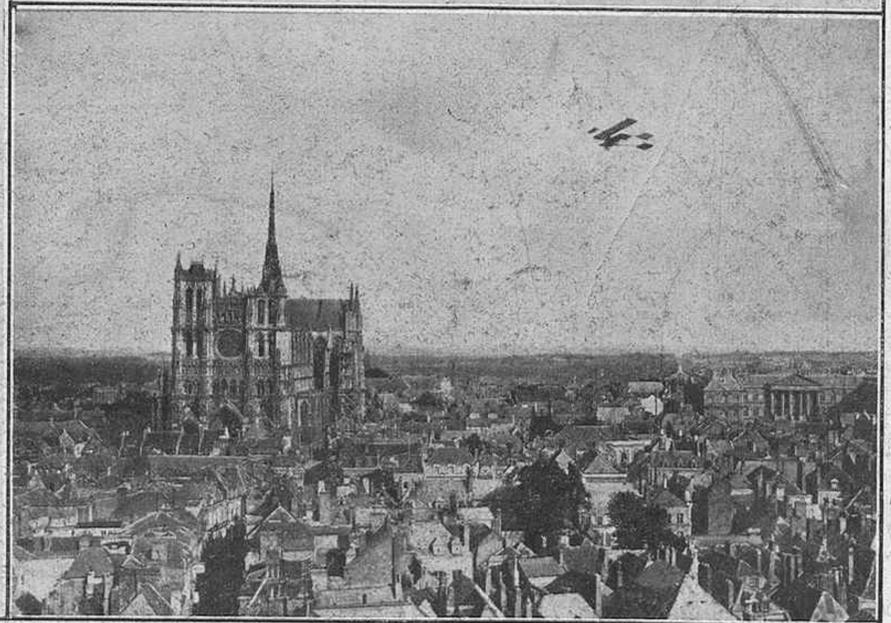
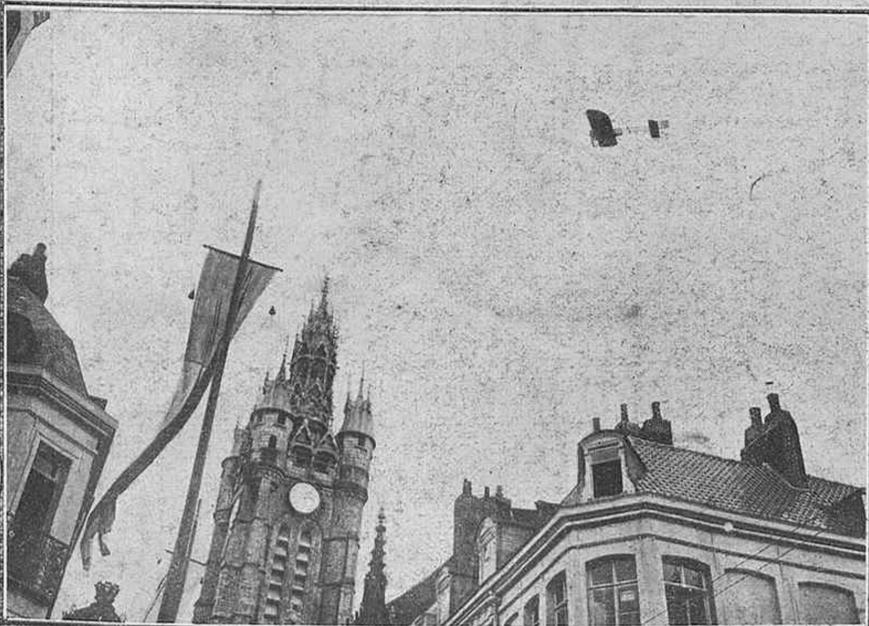
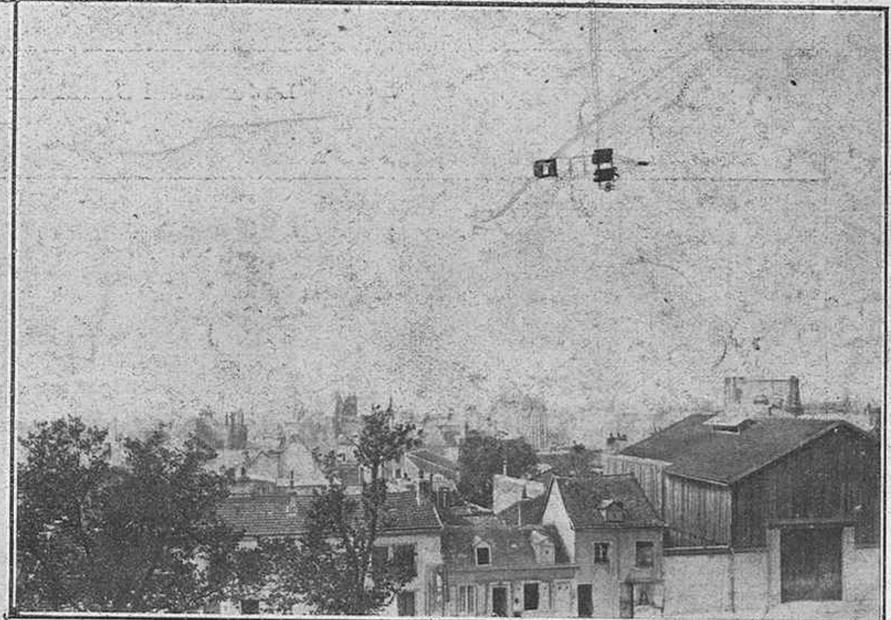
pero no oficialmente, pues la autorización que el ministerio de la Guerra les había dado no era precisamente para efectuar una carrera, sino para practicar reconocimientos útiles. No disponemos de espacio para relatar todas las peripecias de la prueba. Únicamente diremos que desde la primera etapa



Leblanc, ganador del premio de 100 000 francos



Aubrun, que llegó en segundo lugar. (De fotografías de M. Branger.)



1. Salida de los aviadores de Issy-les-Moulineaux.—2. Paso de Legagneux por Nancy. (De fotografías de M. Branger.)
3. Paso de Leblanc por Douai.—4. Paso de Legagnex por Amiens. (De fotografías de M. Rol.)

las condiciones en que el concurso se efectuaba. En efecto, no se trataba de permanecer en el aire más ó menos tiempo y á mayor ó menor altura moviéndose y evolucionando el aviador á voluntad; se trataba, por el contrario, de recorrer un trayecto determinado, distribuido en varias etapas y en el menor tiempo posible; era, pues, una verdadera carrera de aeroplanos. El circuito comprendía cinco etapas: día 7, Issy-les-Moulineaux-Troyes (135 kilómetros); día 9, Troyes Nancy (160 kilómetros); día 11, Nancy-Mezieres (160 kilómetros); día 13, Mezieres-Douai (139 kilómetros); día 15, Douai-Amiens (78 kilómetros); y día 17, Amiens-Issy-les-Moulineaux (110 kiló-

del circuito; cinco premios de 10 000 francos cada uno para el vencedor de cada etapa; 70.500 francos de los mitines celebrados en las diferentes ciudades; un objeto de arte de 5.000 francos del Sr. Deutsch de la Meurthe; el de 25.000 francos del periódico londinense *Daily Mail*; un objeto de arte de 10.000 francos de la ciudad de París, y otros varios, hasta formar un total de 262.500 francos.

Para el concurso habíase inscrito treinta y cinco aviadores, pero de éstos sólo partieron nueve, y sólo tres, Leblanc, Aubrun y Legagneux corrieron la última etapa.

También tomaron parte en el concurso varios militares,

se adelantaron á todos los demás competidores Leblanc, Aubrun y Legagneux, por este mismo orden, y que por este mismo orden llegaron el día 17 á Issy-les-Moulineaux, habiendo, por consiguiente, ganado el premio de *Le Matin* Leblanc.

La salida y la llegada de los aviadores á Issy-les-Moulineaux fué presenciada por una multitud enorme, de algunos centenares de miles de personas, que tributaron una ovación delirante al vencedor. También en las ciudades términos de etapas una muchedumbre inmensa recibió y despidió á los aviadores, quienes en los distintos mitines celebrados en aquellas hicieron proezas de valor y habilidad. — R.



Laderas del Cantábrico (Algorta), cuadro de J. Morera



Silleros, cuadro de Guillermo Schulze-Rose



COSTUMBRES TRADICIONALES DE OMBRA LOMBARDA (ALTA LOMBARDÍA). EL RITO DE LA SERVIDUMBRE, dibujo de Ricardo Pellegrini

Ricardo Pellegrini
MINDEP

CARLOS VÁZQUEZ

Por designación unánime de sus compañeros fué nombrado jurado de la sección de bellas artes en la Exposición Universal de Bruselas el notable pintor y estimado colaborador y amigo nuestro Carlos Vázquez.



El notable pintor Carlos Vázquez, jurado de la sección de Bellas Artes de la Exposición de Bruselas. (Fotografía de Mariné.)

La unanimidad de la elección y la simpatía y el entusiasmo con que fué acogido su nombramiento en todos los centros artísticos, son la mejor prueba de la confianza que las dotes del elegido inspiran á cuantos al arte se dedican. Y bien merecida es esta confianza, pues Vázquez á sus indiscutibles talentos, universalmente reconocidos, que le permitirán apreciar en todo su valor las cualidades de las obras sometidas á su juicio, une cualidades de carácter que son garantía segura de la imparcialidad que ha de presidir en sus apreciaciones.

LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA, que conoce bien tales cualidades y tales talentos, se complace en publicar el retrato de Carlos Vázquez y en felicitar á los que lo eligieron para formar parte de aquel jurado y al Ayuntamiento de Barcelona, que con su subvención sancionó el voto de los artistas.

BADALONA.—EXPOSICIÓN INDUSTRIAL Y AGRÍCOLA

Con motivo de la fiesta mayor de Badalona, ha se celebrado en aquella importante ciudad, vecina de la nuestra, una expo-



Badalona.—Vista de una de las salas de la Exposición Industrial y Agrícola (De fotografía de nuestro reportero Sr. Merletti)

sición local industrial y agrícola, notable bajo todos conceptos. La exposición se halla instalada en la fábrica de los señores Sr. Vergés, por los concurrentes á la Exposición, y el gobernador civil, por Badalona.

Giró, y del grandioso aspecto que ofrece da perfecta idea el adjunto grabado.

Entre las principales instalaciones que en ella figuran citaremos las siguientes: Cros, productos químicos; Vda. J. Barbosa, cordelería; M. Comerse, confecciones; Carbonell y Bellavista, galletas y bizcochos; Jaime Ribó, cordelería; Domingo J. Cuixar, ídem; J. Solé Gaya, jabones y aceites; Luis Isamat, curtidos; D'Andreis, litografía sobre metales; Jaime Riera, productos para la viticultura; Félix Gallent, fundición de hierro; J. Serra, cintas de seda; Joaquín Pontal, tejidos é hilados; instalación de la Sociedad Industria Textil; M. Pujol, cubridor de cilindros; Sant y C.^a, hilados y tejidos; Coll y Clariana, mosaicos y piedra artificial; Teodoro Sanmartí, decoración de metales; Juan Arnau, tierras cocidas; Antonio Marcó, imprenta; Narciso Arpí, gorrería; Pedro Santanach, tejidos; Enrique Casals, alpargatería; instalación de la Escuela de Tejidos de Badalona; Francisco Blanch, ferretería; Francisco Mongay, lampistería; Borrás, aprestos; J. Bartolomé, charoles; Ch. Lorilleux, tintas; Cuadrenys, destilación de alquitrán; Abril, tabartero; Manuel Girona, minas y minerales; Juan Montaner, cajas de cartón y madera; C. Le Boeuf, charoles; Torné, jaulas; Jaime Martí, anisados y licorres; Baudilio Prat, camisería; José Arquer, tabartería; Vda. de M. Mercader, hilados y tejidos; José Gimbernau, tejidos; Puig, arados; Vda. Lleal, maquinaria; Deutsch y C.^a, almidones; instalación del Anís del Mono; Francisco Prat, motores; J. Botero, cestería; José Giralt, anisados, y Luis Casals, jardinería.

Además, existen en la Exposición gran número de productos de otras muchas industrias, entre ellas la construcción naval, de la que hay dos bonitos modelos.

Al acto de la inauguración asistieron, además de las autoridades locales, el general Weyler, el gobernador civil Sr. Muñoz, el comandante de Marina Sr. Compañó, el alcalde accidental de Barcelona Sr. Serraclara y el presidente de la Audiencia señor Sierra.

También asistió el ilustre poeta Angel Guimerá, á quien aquel mismo día había tributado Badalona solemne homenaje con motivo de inaugurarse una calle que llevará su nombre.

Terminada la ceremonia inaugural, los invitados se trasladaron á las Casas Consistoriales, en donde fueron obsequiados con un espléndido lunch, en el que brindaron el alcalde

MONUMENTO Á PROUDHÓN

Con asistencia del presidente de la República, Sr. Fallieres, y de los ministros Sres. Pichón y Viviani, inauguróse el día 14 de los corrientes en Besanzón el monumento que adjunto reproducimos pronunciando con tal motivo elocuentes discursos los Sres. Vuilleaume, en nombre del comité organizador, Grosjean, alcalde de aquella ciudad y Viviani. El monumento, obra de Laithier, representa á Proudhón sentado y con un libro en la mano; á su lado, una matrona con una antorcha simboliza la Justicia; en el pedestal, un obrero ofrece una rama de laurel al célebre filósofo y economista.



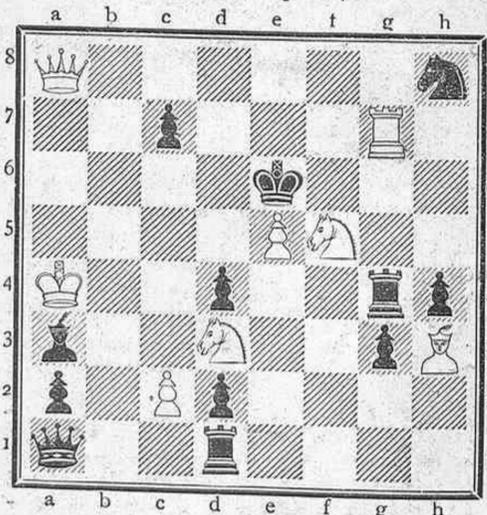
Monumento á Proudhon, obra de Laithier, solemnemente inaugurado en Besanzón el día 14 de los corrientes por el presidente de la República Francesa. (De fotografía de M. Branger.)

AJEDREZ

PROBLEMA NÚMERO 550, POR V. MARÍN

Primer premio del «Tidskrift for Schack» 1909

NEGRAS (12 piezas)



BLANCAS (8 piezas)

Las blancas juegan y dan mate en dos jugadas.

SOLUCIÓN AL PROBLEMA NÚM. 549, POR V. MARÍN

- | | |
|----------------|----------------|
| Blancas. | Negras. |
| 1. T c6-c5 | 1. d6xc5 |
| 2. D e1-a5 | 2. Cualquiera. |
| 3. T ó D mate. | |

VARIANTES.

- | | |
|------------------|-----------------------|
| 1.... c4-c3; | 2. T c5-g5, etc. |
| 1... Re6-f6; | 2. Ce7-g8 jaque, etc. |
| 1... Otra jug.ª; | 2. Ab5-d7 jaque, etc. |

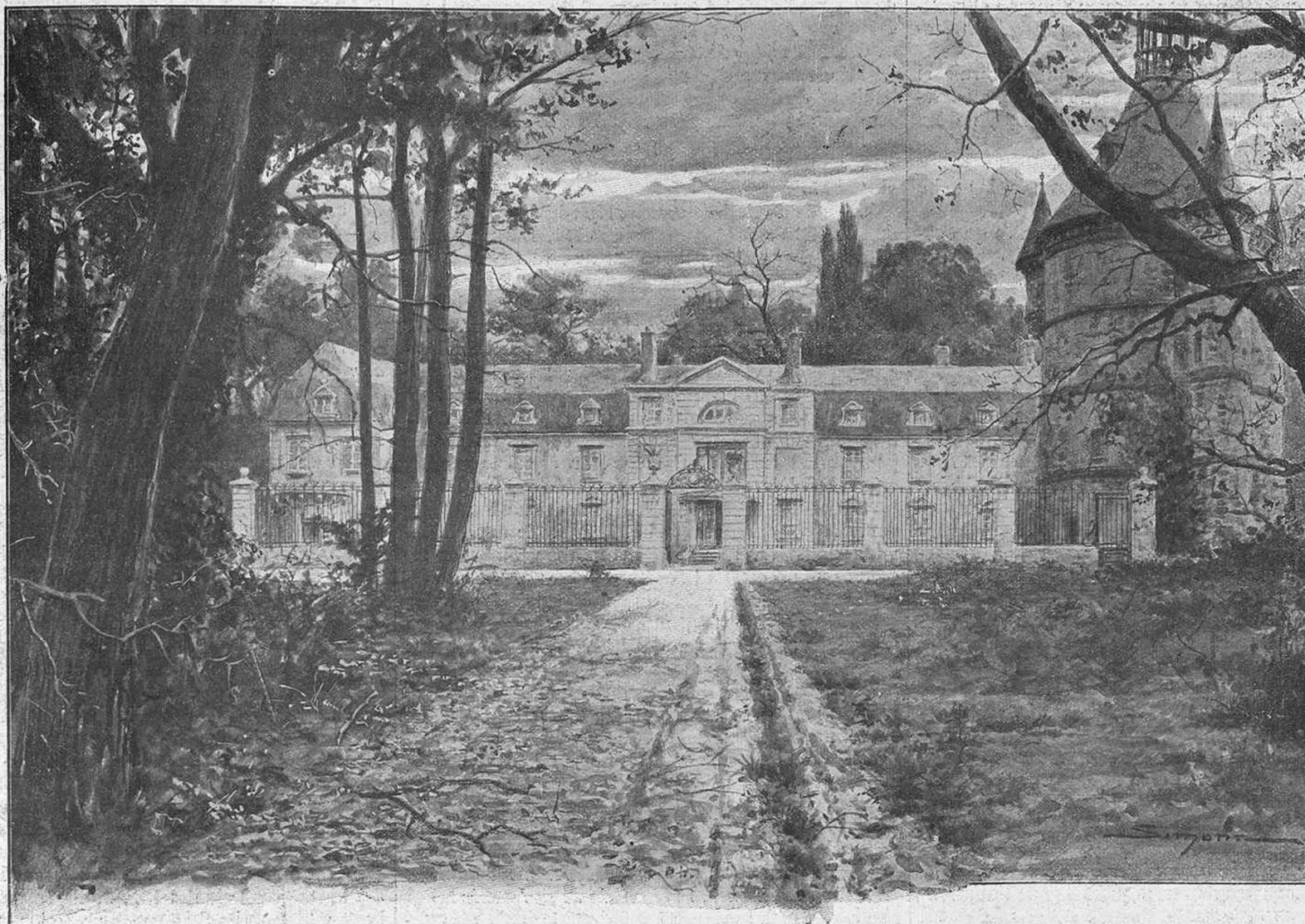
EL MISTERIO DEL CUARTO AMARILLO

NOVELA ESCRITA POR GASTÓN LEROUX. — ILUSTRADA POR SIMONT. (CONTINUACIÓN.)

»Pero, entonces, si, cual usted pretende, estaba el asesino en el *Cuarto Amarillo* desde las cinco de la tarde ó quizá las seis, y el drama no se ha consu-

me telegrafaba que llevara yo tales armas, era porque preveía que habríamos de utilizarlas; y, lo confieso sin avergonzarme, no soy un héroe. Pero, tratábase

yo nada juraría, pues el Sr. Darzac guarda tan extraño silencio. que no sabe uno fijamente qué pensar acerca de lo que él dice...



El castillo del Glandier

mado hasta eso de media noche, la compra de ese bastón proporciona una irrefutable coartada al señor Darzac.»

XIII

«EL PRESBITERIO NADA HA PERDIDO DE SU ENCANTO NI EL JARDÍN DE SU LOZANÍA»

Ocho días después de los acontecimientos que acabo de narrar, el 2 de noviembre, recibía yo en mi domicilio de París un telegrama que decía: «Venga en seguida al Glandier. Traiga revólveres. Mis afectos. Ruedelabola.»

Creo haber dicho á ustedes, que en aquella época, que era la de mis comienzos en abogacía, frecuentaba yo el Palacio de Justicia más para familiarizarme con los deberes de mi profesión que para defender á viudas y huérfanos. No podí, pues, extrañarme el que dispusiera de mi tiempo Pepe; además, sabía él cuánto me interesaban sus aventuras periodísticas en general, y sobre todo el asunto del Glandier. Ocho días hacía que nada sabía yo de éste, fuera de algunos cuentos fantásticos de la prensa, y de algunos breves apuntes de Pepe en *l'Époque*. Estos apuntes hablaban del *hueso de carnero*; decían que el análisis había declarado ser *sangre humana* las señales que conservaba el hueso; que había manchas recientes de *sangre de la señorita Stangerson*; las antiguas procedían de otros crímenes que podían remontarse á varios años.

Inútil decir que el asunto ocupaba la prensa universal; jamás un crimen había intrigado tanto á todos. No obstante, me parecía que adelantaba poco la instrucción; por todo esto, mucho me hubiera alegrado la invitación de mi amigo, de no haber contenido el telegrama estas palabras: *Traiga revólveres.*

Mucho me preocupaban estas palabras. Si Pepe

sin duda, aquel día, de un amigo que pedía mi ayuda, y no vacilé. Después de haberme cerciorado de que el único revólver que yo poseía estaba en buenas condiciones, me dirigí á la estación de Orleans. Mas, en el camino, pensé que un revólver constituía una sola arma, y que el telegrama de Ruedelabola pedía más de una; entré pues en una tienda de armero y compré un buen revólver de escaso tamaño, que con mucho placer iba yo á ofrecer á mi amigo.

Esperaba hallar á Pepe en la estación de Epinay pero no estaba. Sin embargo, un coche me esperaba, y no tardé en llegar al Glandier. Nadie había en la verja, sólo en el umbral mismo de la puerta del castillo es donde vi al joven, quien me saludó con gesto afectuoso y en seguida me abrazó, preguntándome cariñosamente por mi salud.

Ya que estuvimos en el vetusto saloncito de que he hablado, Ruedelabola me pidió que me sentara y me dijo:

—¡Esto va mal!

—¿Qué es lo que va mal?

—Todo.

Y acercándose á mí me dijo al oído:

—Federico Larsán arremete á fondo contra Roberto Darzac.

—Esto no me extrañaba, desde que vi al prometido de la señorita Stangerson *palidecer ante la huella de sus pasos*.

Sin embargo, observé en seguida:

—¿Y el bastón?

—Sigue en manos de Larsán, *quien no se aparta de él...*

—Pero, ¿no constituye una coartada para el señor Darzac?

—De ningún modo. El Sr. Darzac, á quien he preguntado hábilmente sobre el particular, niega haber comprado aquella noche, ni ninguna otra, un bastón en la tienda de Cassette... Sea lo que sea, dijo Pepe,

—En el ánimo de Larsán, ese bastón debe de ser objeto muy precioso, un objeto convincente... Pero, ¿de qué manera? Pues, dada la hora en que fué comprado el bastón, no podía hallarse éste en manos del asesino...

—Lo de la hora, poco estorba á Larsán... Puede él no adoptar mi sistema, el cual comienza por introducir al asesino en el *Cuarto Amarillo* entre cinco y seis; ¿qué le impide á él hacerlo entrar en el cuarto entre diez y once de la noche? Justamente en aquel momento, el Sr. Stangerson y su hija, ayudados por el tío Santiago, procedían á un interesante experimento de química en la parte del laboratorio ocupada por los hornillos. Dirá Larsán que el asesino se deslizó detrás de ellos, por inverosímil que la cosa parezca... Ya lo ha dado á entender al juez de instrucción... Fijándose bien, ese razonamiento es absurdo, dado que el familiar, *si es que hay en esto algún familiar de la casa*, debía saber que el profesor no iba á tardar en salir del pabellón; y el tal familiar comprometía su propia seguridad si aplazaba sus operaciones para después de dicha salida... ¿Por qué se hubiera arriesgado á pasar por el laboratorio mientras seguía allí el profesor? Además, ¿en qué momento se habría introducido el familiar en el pabellón?... Sería menester dilucidar todos esos puntos antes de admitir *lo imaginado por Larsán*. No perderé tiempo en ello, pues *teago un sistema irrefutable* que no me permite preocuparme por tales suposiciones. Sólo que, como he de callarme por ahora, y como, en cambio, Larsán habla algunas veces, podría suceder que todo acabara por explicarse en contra del Sr. Darzac... *¿de no estar yo aquí!*, añadió con orgullo el joven. Pues hay contra ese Sr. Darzac otras *apariencias* algo más terribles que esa historia del bastón, tanto más incomprensible cuanto que Larsán lleva tranquilamente en presencia del Sr. Darzac un bastón que, según el policía, ha sido comprado por el Sr. Darzac

y que pertenecía á éste... *Comprendo muchas cosas en el sistema de Larsán, pero no comprendo aún el bastón.*

—¿Sigue en el castillo Larsán?

—Sí, casi no se ha movido de él. Duerme aquí, como yo, á ruegos del Sr. Stangerson. Este ha hecho por el policía lo que el Sr. Darzac ha hecho por mí. Acusado por Larsán de conocer al asesino y de haber permitido su huida, el profesor ha querido facilitar á su acusador todos los medios para llegar al descubrimiento de la verdad. Lo mismo hace conmigo el señor Darzac.

—¿Pero usted está persuadido de la inocencia del Sr. Darzac?..

—Creí, un instante, en la posibilidad de su culpabilidad; fué cuando por vez primera vinimos al castillo. Pero ha llegado el momento de contar á usted lo ocurrido entre el Sr. Darzac y yo.

Dicho esto, se interrumpió para preguntarme si había yo traído las armas. Le enseñé los dos revólveres. Los examinó, y dijo: «Está muy bien» y me los devolvió.

—¿Los necesitaremos?, le pregunté.

—Esta noche, probablemente; pasaremos la noche aquí; ¿es molestia para usted?

—Al contrario, contesté yo con un gesto que excitó la risa de Pepe.

Pero, en seguida, volvió á su seriedad habitual, diciendo:

—Este momento no es á propósito para reír; hablemos seriamente. ¿Recuerda usted la frase que me abrió la puerta de este misterioso castillo?

—Sí, muy bien: *El presbiterio nada ha perdido de su encanto, ni el jardín de su lozanía.* Esa misma frase, medio chamuscada, es la que también encontró usted en un papel entre los carbones del laboratorio.

—En efecto; y, por debajo, la llama había respectado esta fecha: 23 de octubre. No olvide la fecha, es muy importante. Ahora voy á decirle, y á explicarle esta extraña frase. Ignoro si sabe usted que la antevíspera del crimen, es decir, el 23, el Sr. Stangerson y su hija fueron á una recepción del Elíseo; hasta creo que asistieron á la comida, dada por el Presidente. De todas maneras, estaban en la recepción *puesto que allí los vi yo.* Unicamente por deber profesional me hallaba yo en dicha ceremonia; tenía que pedir ciertas indicaciones á uno de los sabios de la Academia de Filadelfia en honor de los cuales se daba aquella fiesta. Hasta entonces, nunca había yo visto al Sr. Stangerson ni á su hija. Estaba yo sentado en el salón que precede al de Embajadores, y harto de haber sido zarandeado por tantos nobles personajes, hallábame sumido en una especie de ensueño, cuando sentí pasar el perfume de la dama de negro. Usted me preguntará: «¿Qué es eso del perfume de la dama de negro?» Bástele saber que es un perfume que me ha sido muy grato, por ser el de una señora, siempre vestida de negro, que me demostró maternal bondad en mi juventud. La dama que, aquella noche, estaba discretamente impregnada del perfume de la dama de negro lucía traje blanco y era maravillosamente hermosa. No pude menos de levantarme y seguirla, á ella y á su perfume. Un hombre, un anciano llevaba del brazo á aquella beldad. Todo el mundo los miraba, y oí murmurar: «El profesor Stangerson y su hija.» Así es cómo supe á quién seguía. Hallaron á D. Roberto Darzac, á quien conocía yo de vista. Uno de los sabios norteamericanos, Arthur William Rance, fué á sentarse con el profesor Stangerson, en la galería principal, y el Sr. Darzac se llevó á Matilde á uno de los invernaderos. Yo les seguía... Hacía, aquella noche, un tiempo muy suave; las puertas que daban al jardín estaban abiertas. Matilde echó un ligero chal sobre sus hombros, y claramente vi que ella era la que pedía al Sr. Darzac que penetrara con ella en la casi soledad del jardín. Continué siguiéndoles, interesado por la agitación que demostraba el Sr. Darzac, y vi que se deslizaban, con paso lento, á lo largo de la pared que por aquel lado limita la avenida Marigny. Tomé por el camino central, andando paralelamente á mis dos personajes. Luego, atravesé la capa de césped para cruzarme con ellos. La noche era oscura, la hierba ahogaba el ruido de mis pasos. Se habían detenido junto á un mechero de gas, y parecían, inclinados sobre un papel que tenía en la mano la señorita Stangerson, leer algo que les interesaba mucho. También yo me detuve; estaba rodeado de sombra y de silencio. No me vieron, y oí claramente á Matilde repetir, doblando el papel: *El presbiterio nada ha perdido de su encanto, ni el jardín de su lozanía...* Fué dicho esto en tono á la vez tan burlesco y tan desesperado, y fué seguido de tan nerviosa risa, que creo que esa frase quedará siempre en mi oído. Pero fué pronunciada otra frase, esta vez por el Sr. Darzac: *¿Habrá de cometer un crimen para poseer á usted?* Darzac estaba agitadísimo; tomó la mano de Matilde, la besó

largo rato, y, dadas las sacudidas de sus hombros, se me figuró que lloraba. Después, se alejaron.

Cuando volví á la galería principal, prosiguió Pepe, ya no vi al Sr. Darzac, y no había de volverle á ver sino aquí, después del crimen; pero vi á Matilde, á su padre y á los delegados de Filadelfia; Matilde estaba cerca del Sr. Rance, quien le hablaba con extraordinaria animación y con los ojos brillantes como luces; pero creo que la joven no escuchaba siquiera lo que le decía, pues su cara expresaba completa indiferencia. Rance es un hombre sanguíneo, de cara barrosa; debe gustarle la ginebra. Al marcharse el profesor Stangerson y su hija, se fué al «buffet», y ya no salió de allí. Le seguí á aquel sitio y pude serle útil en medio de tal gentío; me dió las gracias y me dijo que regresaba á Norteamérica tres días después, es decir, el 26 (al día siguiente del crimen). Le hablé de Filadelfia; me dijo que hacía veinticinco años que habitaba en dicha ciudad, y que allí era donde había conocido al Sr. Stangerson y á su hija. Y se tragó otra copa de champaña, y otra, y creí yo que no cesaría de beber en toda la noche. Le dejé cuando le vi casi ebrio.

Tal fué mi velada, querido. No sé por qué especie de previsión seguí pensando en el Sr. Darzac y en la señorita Stangerson; de modo que ya puede usted figurarse el efecto que me produjo la noticia del asesinato de Matilde. ¿Cómo no recordar estas palabras: *¿Habrá de cometer un crimen, para poseer á usted?* No obstante, no fué esta frase la que dije yo al Sr. Darzac cuando le vimos en el Glandier. La del presbiterio y del jardín lozano, que la señorita Stangerson parecía haber leído en el papel que tenía ella en la mano, bastó para hacernos abrir de par en par las puertas del castillo. ¿Creía yo, en aquel momento, que el Sr. Darzac era el asesino? Me parece no haberlo creído nunca del todo. En aquel momento, no pensaba yo seriamente nada. Estaba tan poco documentado... Pero necesitaba yo que me probase en seguida que no estaba herido en la mano. Ya que estuvimos solos, le conté lo que la casualidad me había hecho sorprender respecto de su conversación con Matilde en los jardines del Elíseo, y al decirle que había oído yo estas palabras: *¿Habrá de cometer un crimen para poseer á usted?*, quedó turbado, aunque mucho menos, ciertamente, que por la frase del «presbiterio.» Lo que le produjo verdadera consternación fué el saber, por boca mía, que el día en que conversó con la señorita Stangerson en el Elíseo, había ido ésta, por la tarde, á la oficina de correos número 40, á recoger una carta que era quizá la que ambos habían leído en los jardines del Elíseo, y que terminaba con estas palabras: *El presbiterio nada ha perdido de su encanto, ni el jardín de su lozanía.* Por cierto que esta hipótesis me fué confirmada más tarde, por el descubrimiento que, según usted recordará, hice, en los carbones del laboratorio, de un trozo de dicha carta que llevaba la fecha de 23 de octubre. La carta había sido escrita y retirada de la oficina aquel mismo día. No hay duda de que, al regresar del Elíseo Matilde, quiso quemar, aquella misma noche, el comprometedor papel. En vano negó el Sr. Darzac que dicha carta tuviese relación alguna con el crimen. Le dije yo que, en tan misterioso asunto, no tenía derecho á ocultar á la justicia el incidente de la carta; que estaba yo persuadido de que entrañaba ésta una importancia considerable; que el tono desesperado con que había pronunciado la señorita Stangerson la frase fatídica, que el llanto de él, Roberto Darzac, y aquella amenaza proferida por él á consecuencia de la lectura de la carta, no me permitían dudar de lo que yo le afirmaba. Darzac estaba cada vez más agitado y resolví sacar provecho de mi ventajosa situación.

«—Estaba usted á punto de casarse, señor mío, dije sencillamente, sin mirar á mi interlocutor, y hete que de repente se hace imposible ese matrimonio por causa del autor de dicha carta, puesto que, apenas leída ésta, habla usted de un crimen necesario para poseer á la señorita Stangerson. POR CONSIGUIENTE, SE INTERPONE ALGUIEN ENTRE USTED Y LA SEÑORITA STANGERSON, ALGUIEN QUE LE PROHIBE CASARSE, ALGUIEN QUE LA MATA ANTES DE QUE SE CASE...»

Y terminé este discursito con las siguientes palabras:

«—Ahora, señor mío, sólo le queda á usted confiarme el nombre del asesino.»

Sin darme cuenta, debí decir cosas formidables, pues cuando alcé la mirada hacia Darzac, vi un semblante descompuesto, una frente cubierta de sudor, unos ojos espantados.

«—Caballero, me dijo, voy á pedirle una cosa que quizá le parezca insensata, pero á cambio de la cual daría yo mi vida: no ha de hablar usted ante los magistrados de lo que ha visto y oído en los jardines del Elíseo..., ni ante los magistrados ni ante nadie

del mundo. Le juro á usted que soy inocente, y sé, y siento que me cree usted; pero preferiría pasar por culpable á que se extraviaran las sospechas de la justicia sobre esta frase: *El presbiterio nada ha perdido de su encanto, ni el jardín de su lozanía.* Es menester que la justicia ignore esta frase. Todo este asunto le pertenece á usted, caballero, le hago entrega de él, pero olvide la velada del Elíseo. Le quedan á usted cien otros caminos para el descubrimiento del criminal; yo le ayudaré. ¿Quiere usted instalarse aquí? ¿Hablar aquí como un amo? ¿Comer, dormir aquí? ¿Vigilar mis actos y los de todos? Estará usted en el castillo cual si fuera usted dueño de él, pero olvide la velada del Elíseo.»

Descansó un poco Ruedelabola. Ahora comprendía yo la inexplicable actitud de Darzac respecto de mi amigo, y la facilidad con que pudo éste instalarse en el lugar del crimen. Cuanto acababa yo de saber no podía sino excitar mi curiosidad; por esto pedí á Pepe que me diera más detalles. ¿Qué había ocurrido en el castillo desde hacía ocho días? ¿No me había comunicado mi amigo que resultaban ahora contra el Sr. Darzac apariencias algo más terribles que la del bastón hallado por Larsán?

—Todo parece conjurarse contra él, me contestó mi amigo, y la situación se vuelve gravísima. El señor Darzac parece no preocuparse demasiado y hace mal; lo único que parece interesarle es la salud de la señorita Stangerson, que iba mejorando de día en día, cuando sobrevino un acontecimiento más misterioso aún que el misterio del Cuarto Amarillo...

—¿Es posible?, exclamé; ¿qué acontecimiento puede ser más misterioso que el misterio del Cuarto Amarillo?

—Volvamos primero al Sr. Darzac, dijo Pepe calmándome. Le decía yo á usted que todo se vuelve contra él. Los pasos elegantes observados por Larsán parecen ser, en efecto, *pasos del prometido de la señorita Stangerson*; las huellas de la bicicleta parecen ser las de su bicicleta. Desde que tenía dicha bicicleta, siempre la había dejado en el castillo. ¿Por qué haberla llevado á París, precisamente en aquel momento? ¿Acaso no pensaba volver al castillo? ¿Acaso el rompimiento de su matrimonio había de producir, como consecuencia, la cesación de sus relaciones con los Stangerson? Cada uno de los interesados afirma que dichas relaciones habían de continuar. Entonces, ¿qué? Larsán cree que *habían quedado rotas las relaciones de todo género.* Desde que el Sr. Darzac acompañó á Matilde á los grandes almacenes de la Loba, el exprometido no había vuelto al castillo. Recuerde que Matilde perdió su bolsa y la llave con cabeza de cobre estando en compañía de Darzac. Desde aquel día hasta la velada del Elíseo, el profesor de la Sorbona y la señorita Stangerson no se han vuelto á ver; pero acaso se hayan escrito. Matilde ha ido á la oficina número 40 para retirar una carta de la lista de correos, carta que Larsán cree haber sido escrita por el Sr. Darzac, pues Larsán, que naturalmente ignora lo ocurrido en el Elíseo, deduce que Darzac mismo fué quien robó la bolsa y la llave, con objeto de forzar la voluntad de Matilde apropiándose él de los papeles más importantes del padre, papeles que hubiera él restituido bajo condición de matrimonio. Todo eso parecería dudoso y casi absurdo, según me decía Larsán en persona, de no haber todavía otra cosa, y otra cosa mucho más grave. Por de pronto, cosa rara y que no consigo explicarme: hay quien dice que Darzac en persona fué quien, el 24, acudió á la oficina de correos para pedir la carta recogida la víspera por Matilde; *la descripción del hombre que se presentó en la taquilla corresponde exactamente á las señas del Sr. Darzac.* Éste, á las preguntas que le fueron hechas, sólo como informe, por el juez de instrucción, niega haber ido á la oficina de correos; y yo creo al Sr. Darzac, pues, aun admitiendo que fuera él el autor de la carta, cosa que no me parece verosímil, sabía que la señorita Stangerson la había retirado, puesto que él había visto dicha carta en manos de Matilde, en los jardines del Elíseo. No es él, pues, quien se presentó, al día siguiente 24, en la oficina de correos para pedir una carta que él sabía no estar ya allí. Para mí, el que se presentó era alguien que se le parecía mucho; para mí, el ladrón mismo de la bolsa era quien pedía, en aquella carta, algo á la dueña de la bolsa, *algo que no vio él venir.* Debí quedar asombrado, llegando á preguntarse si la carta enviada por él con esta dirección: M. A. T. S. N. había sido recogida; de ahí la insistencia con la cual reclamaba dicha carta. Después, se marcha, furioso. ¡La carta había sido recogida, y, no obstante, no le conceden lo que pide! ¿Qué pedía? Unicamente Matilde lo sabe. Lo cierto es que al día siguiente anunciaban que la señorita Stangerson había sido casi asesinada durante la noche, y que, dos días después, descubría yo que su padre había sido roba-

do, merced á la dicha llave, objeto de la carta dirigida á la lista de correos.

Por todo esto, me parece que el hombre que fué á la oficina de correos es el asesino; y todo este razonamiento, de lo más lógico, en suma, sobre las razones de la pretensión del hombre en la oficina de correos, se le ha ocurrido ciertamente á Larsán, pero lo aplica contra Darzac. Inútil decir á usted que, tanto el juez, como Larsán, y como yo, hemos hecho lo posible para obtener, en la oficina de correos, detalles precisos acerca del singular personaje del 24 de octubre; mas no se ha podido saber de dónde venía ni adónde fué... ¡Fuera de esa descripción que lo hace parecerse al Sr. Darzac, nada! He hecho anunciar en los diarios de mayor circulación: «Se promete crecida recompensa al cochero que condujo á un cliente á la oficina de correos número 40, en la mañana del 24 de octubre, hacia las diez. Dirigirse á la redacción de *l'Époque*, y preguntár por el señor R.» Ningún resultado ha producido el anuncio. Después de todo, quizá fuera á pie dicho individuo; pero, como parecía tener prisa, hay probabilidades de que fuera en coche. En mi nota á los diarios no he dado la descripción del hombre, con objeto de que acudieran á mí cuantos cocheros hayan conducido, á eso de las diez, á algún cliente á la oficina 40; ni uno solo ha venido. Y no he cesado de preguntarme: *¿Quién será ese hombre que tan extrañamente se parece á D. Roberto Darzac, y á quien hallo de nuevo comprando el bastón que ha venido á parar á manos de Larsán?*

Lo más grave de todo es que el Sr. Darzac en la hora precisa en que se presentaba en correos quien tanto se le parece, tenía cátedra en la Sorbona, y no acudió á ella; le substituía uno de sus amigos. Interrogado sobre el empleo de aquel tiempo, contesta que estuvo paseándose en el bosque de Boulogne. ¿Qué dice usted de ese profesor que se hace substituir en su cátedra por un amigo suyo, mientras él está paseándose? Finalmente, ha de saber usted que si confiesa el Sr. Darzac haber ido á pasearse por el bosque de Boulogne en la mañana del 24, no puede decir el empleo de su tiempo en la noche del 24 al 25... A Larsán, que le pedía este informe, le ha contestado tranquilamente que el empleo que tenía á bien dar á su tiempo, en París, sólo á él le importaba... Al oír esto, Larsán ha jurado en voz alta que él solo, sin ayuda de nadie, sabría descubrir el empleo de dicho tiempo. Todo esto parece favorecer en cierto modo la hipótesis de Larsán; tanto más cuanto que de resultar cierto que estaba Darzac en el *Cuarto Amarillo* podría venir á corroborar la explicación del policía acerca del modo cómo huyó el asesino: dejando el Sr. Stangerson que se escapara, con objeto de evitar un tremendo escándalo. Por cierto que esta hipótesis, que yo creo falsa, es la que desviará á Larsán, lo cual me agradaría, de no estar comprometido un inocente... *Ahora bien, ¿es falsa la hipótesis de Larsán? ¿Eso es lo que hay que averiguar!*

—Acaso tenga razón Larsán, exclamé yo interrumpiendo á Pepe... ¿Está usted seguro de que sea inocente el Sr. Darzac? Tantas coincidencias me parecen muy sospechosas.

—Las coincidencias, me contestó mi amigo, son las peores enemigas de la verdad.

—¿Qué dice hoy el juez de instrucción?

—El Sr. de Marquet vacila en acusar á Darzac sin tener para ello una prueba positiva. No sólo se pondría contra él toda la opinión pública, sin contar la Sorbona, sino también el Sr. Stangerson y su hija; *Matilde adora á Darzac* y por poco que haya visto al asesino, difícil sería hacer creer al público que no reconoció á Darzac, de haber sido éste el agresor. Sin duda que había poca claridad en el *Cuarto Amarillo*, pero, después de todo, lo alumbraba una lámpara, no lo olvidó usted. En este estado se hallaba la situación, amigo mío, cuando, hace tres días, ó mejor dicho tres noches, sobrevino el asombroso acontecimiento de que antes hablé á usted.

XIV

«ESPERO AL ASESINO, ESTA NOCHE»

—Es preciso, me dijo Pepe, que le conduzca á usted á los lugares mismos para que pueda usted comprender, ó, más bien, para que se persuada usted de que es imposible comprender. Por mi parte, creo haber dado con lo que todo el mundo sigue buscando, el modo cómo el asesino salió del *Cuarto Amarillo*..., sin complicidad de ninguna clase y sin que haya intervenido para nada el Sr. Stangerson. Mientras no esté seguro de la personalidad del asesino, me será imposible decir cuál es mi hipótesis, pero creo que esa hipótesis es justa, y, en todo caso, es del todo natural, es decir, sencillísima. En cuanto á

lo ocurrido aquí, en el castillo mismo, hace tres noches, me pareció, durante veinticuatro horas, que el acontecimiento superaba toda facultad de imaginación. Y, aun ahora mismo, es tan absurda la hipótesis que se alza desde lo más íntimo de mi pensamiento, que casi prefiero las tinieblas de lo inexplicable.

Dicho esto, el joven reportero me invitó á salir, y juntos dimos la vuelta al castillo. Bajo nuestros pies crujían las hojas secas, único ruido que yo oía. Hubiérase dicho que el castillo estaba abandonado. Las viejísimas piedras, el agua estancada en los fosos que rodeaban el castillejo, la tierra desolada cubierta de los despojos del último verano, el esqueleto negro de los árboles, todo concurría á dar á aquel triste sitio, que encerraba un tremendo misterio, el aspecto más fúnebre que puede imaginarse. En el momento de rodear al castillejo nos encontramos con el *hombre verde*, el guarda, quien no nos saludó, pasando á nuestro lado cual si no existiéramos. Estaba como lo vi por primera vez, desde la posada del tío Mateo; llevaba su escopeta al hombro, su pipa en la boca y sus lentes sobre la nariz.

—¡Vaya un pájaro, el hombre ese!, me dijo Pepe en voz baja.

—¿Le ha hablado usted?, le pregunté.

—Sí, pero no hay medio de sacarle ninguna indicación..., contesta con gruñidos, se encoge de hombros, y se va. Suele habitar, en el primer piso del castillejo, una amplia pieza que antiguamente servía de oratorio; vive allí como un oso y no sale sino con su escopeta. No es amable más que con las muchachas. So pretexto de vigilar estos contornos, suele salir de noche, pero sospecho que es para acudir á citas galantes; la doncella de Matilde, Silvia, es su querida. En este momento está muy enamorado de la mujer del tío Mateo, el posadero; pero el tío Mateo vigila estrechamente á su mujer, y me parece que el estar el *hombre verde* más sombrío y más taciturno que de costumbre es debido á la imposibilidad en que se halla de acercarse á la posadera. Es un buen mozo, bien cuidado, casi elegante... las mujeres de todos estos contornos se pirran por él.

Después de haber dejado atrás el castillejo, que se halla en la extremidad del ala izquierda, llegamos á la parte trasera del castillo. Pepe, designándome una de las ventanas que daban á las habitaciones de Matilde, me dijo:

—Si hubiera usted pasado por aquí hace dos noches, á la una de la madrugada, me hubiera usted visto encaramado en lo alto de una escalera, disponiéndome á penetrar en el castillo por esa ventana...

Al manifestar yo cierto asombro acerca de aquella gimnasia nocturna, me pidió Pepe que examinara muy atentamente la disposición exterior del castillo, después de lo cual regresamos al cuerpo de casa.

—Ahora, dijo mi amigo, tengo que hacerle visitar á usted el primer piso, ala derecha, donde vivo.

Para que el lector comprenda bien la disposición de los lugares, le doy un plano del primer piso del ala derecha, plano dibujado por Ruedelabola al siguiente día del extraordinario fenómeno que el lector va á conocer en todos sus detalles.

edificio y recibía luz de la fachada del castillo expuesta al Norte. Los cuartos cuyas ventanas daban al mediodía tenían sus puertas sobre esta galería. El profesor Stangerson habitaba el ala izquierda del castillo, y su hija el ala derecha. Una estrecha alfombra, sobre el encerado piso que relucía como un espejo, ahogaba el ruido de nuestros pasos. Pepe me decía en voz baja que hablara con precaución, porque en aquel momento pasábamos por delante del cuarto de Matilde. Me explicó que la habitación de ésta se componía de su dormitorio, de una antecámara, de una salita de baño, de un cuarto tocador y de un salón. Se podía, naturalmente, recorrer todas aquellas piezas sin que hubiese necesidad de pasar por la galería. El salón y la antecámara eran las únicas piezas que tenían puerta á la galería. Seguía ésta en línea recta hasta la extremidad Este del edificio, sitio en donde recibía luz exterior por una alta ventana (la número 2 del plano). Hacia las dos terceras partes de su longitud, dicha galería formaba ángulo recto con otra que formaba vuelta con el ala derecha del castillo.

Para mayor claridad de este relato, daremos el nombre de *galería recta* á la que va de la escalera á la ventana al Este, y de *galería vuelta* al trozo de galería que forma recodo con el ala derecha y que termina en la galería recta, formando ángulo recto. En la encrucijada de esas dos galerías es donde se hallaba el cuarto de Ruedelabola, contiguo al de Federico Larsán. Las puertas de los dos cuartos daban á la galería vuelta, en tanto que las de las habitaciones de Matilde daban á la galería recta (véase el plano).

Pepe abrió la puerta de su cuarto, me hizo entrar, y cerró la puerta, corriendo además el cerrojo. Aún no había tenido tiempo para echar una ojeada por su instalación, cuando le oí arrojar un grito de sorpresa, enseñándome, sobre un velador, unos lentes.

—¿Qué es esto?, se preguntaba; ¿qué hacen estos lentes sobre este velador?

Inútil decir que me hubiera sido imposible contestarle.

—A no ser que, dijo, á no ser que..., á no ser que..., á no ser que estos lentes sean lo que busco..., y que..., y que..., *y que sean lentes de presbital*...

Cogió vivamente el binóculo; sus dedos acariciaban la convexidad de los vidrios..., y entonces me miró de manera espantable.

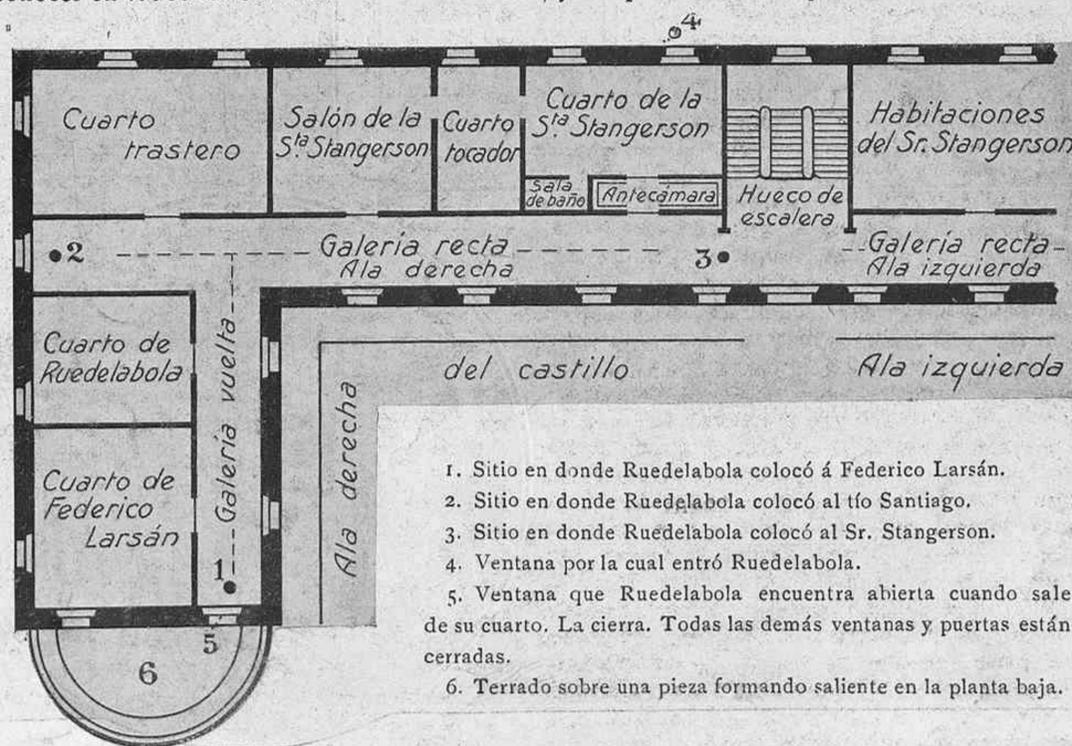
—¡Oh..., oh!

Y repetía: ¡Oh..., oh!, como si de repente le hubiese vuelto loco su pensamiento...

Se levantó, me puso la mano sobre el hombro, se rió como un insensato, y me dijo:

—¡Este binóculo me volverá loco!, pues la cosa es posible *matemáticamente hablando*; pero *humanamente hablando*, es imposible..., ó entonces..., ó entonces..., ó entonces...

Dieron dos golpecitos en la puerta del cuarto; Pepe la entreabrió; asomó una cara. Reconocí á la portera; la había yo visto pasar delante de mí cuando la condujeron al pabellón para el interrogatorio, y su presencia en aquel cuarto me extrañó, pues



1. Sitio en donde Ruedelabola colocó á Federico Larsán.
2. Sitio en donde Ruedelabola colocó al tío Santiago.
3. Sitio en donde Ruedelabola colocó al Sr. Stangerson.
4. Ventana por la cual entró Ruedelabola.
5. Ventana que Ruedelabola encuentra abierta cuando sale de su cuarto. La cierra. Todas las demás ventanas y puertas están cerradas.
6. Terrado sobre una pieza formando saliente en la planta baja.

Pepe me hizo seña de que subiera yo detrás de él la monumental y doble escalera que, á la altura del primer piso, formaba meseta. Desde esta meseta se iba directamente al ala derecha ó al ala izquierda del castillo por una galería que terminaba allí. La galería, alta y ancha, se extendía por toda la longitud del

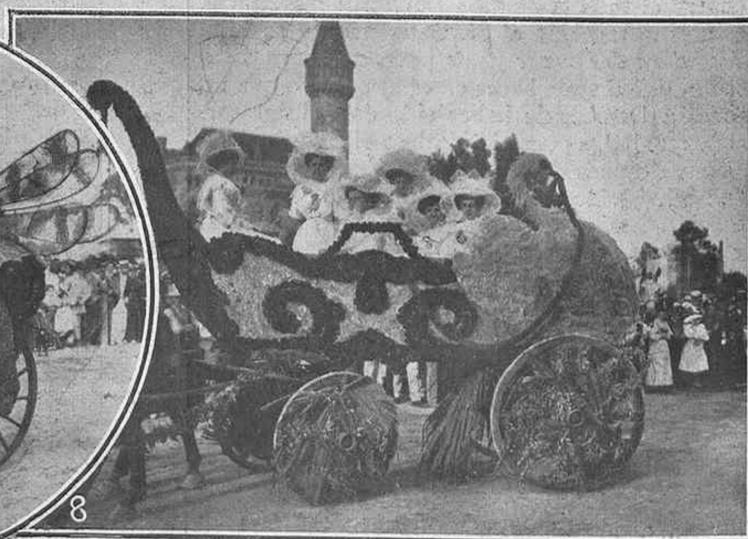
creía que seguía encerrada. La mujer dijo en voz muy queda:

—*¡En la ranura del entarimado!*

Pepe contestó: «¡Gracias!» y la mujer se fué. Pepe se volvió hacia mí, después de cerrar bien la puerta.

(Se continuará.)

VALENCIA.—LA BATALLA DE FLORES



1. Centro con flores, obra del Sr. Alemany. - 2. Chantecler, obra del Sr. Cañada. - 3. Candileja, obra del Sr. Villalba; coche presentado por el Ateneo Mercantil y que ganó el premio de S. M. el rey. - 4. Lámpara pompeyana, obra del Sr. Garrido. - 5. Vendedor japonés, obra del Sr. Sanchiz Arís. (De fotografías de V. Barberá Masip.) - 6. Joyero, obra del Sr. Reniu. - 7. Uvas y avispas, obra del Sr. Almira. - 8. Centro de fantasía. (De fotografías de F. Moya.)

VALENCIA.—LA BATALLA DE FLORES

Digno remate de los festejos con que Valencia ha celebrado su tradicional feria ha sido la batalla de flores. En ella tomaron parte cuarenta y nueve carrozas, todas notables y en su mayoría rica y artísticamente decoradas.

No tenemos espacio para describirlas todas, por lo que habremos de circunscribirnos á decir algo sólo de las que más llamaron la atención y que en esta y en la anterior página reproducimos.

Candileja.—Coche presentado por el Ateneo Mercantil; boceto del señor Villalba. Sobre una plataforma, un monumental candelabro de madroños, flor de manzanilla, dalias, clavelones, hojas de guardalobo, damasquinas, etc.; iban en él las señoritas de Noguero y Antón. Este coche ganó el premio de Su Majestad el rey.

Centro con flores.—Uno de los mejores de la fiesta por su riqueza y armonía de colores; su dirección había corrido á cargo del Sr. Alemany y lo presentó el Sr. Curell. De un monumental centro surgían muchas y muy raras flores y elegantes guirnaldas y en medio de éstas la señora de Curell y las señoritas de Seguí, Vidal é Izquierdo.

Chantecler.—Un enorme gallo, todo él de flores, en el que no faltaba detalle; era su autor el Sr. Cañada y lo ocupaban las señoritas de García Máñez y Lafuente.

Lámpara pompeyana.—Sobre unas quimeras, de actitud muy artística, el receptáculo de la lámpara, decorado con elegantes motivos; el borde era una serpiente, uno de cuyos anillos formaba el asa; en la trasera, un carcaj con flechas. En el coche, cuyo adorno había dirigido el Sr. Garrido, iban las señoras de Ibáñez Rizo y Manzanó y las señoritas de Ibáñez Rizo y Dualde.

Vendedor japonés.—Fué indudablemente el *clou* de la fiesta y su autor, Sr. Sanchiz Arís, mereció muchos y muy entusiastas plácemes. Ocupaba la plataforma del carruaje la gigantesca figura de un vende-

dor ambulante del Japón perfectamente modelado y vestido con la mayor propiedad, llevando al hom-

— y las señoritas de Aragonés, González y Carsi. **Joyerero.**—Obra del Sr. Reniu; de estilo modernista, sencillo, pero sumamente elegante. Lo tripulaban las señoritas de Díaz (P. y T.) y Galán (N. y C.)

Uvas y avispas.—Sobre una plataforma de césped aparecían entre pámpanos unos colosales racimos de uvas y tres ó cuatro descomunales avispas que los picaban. Tripulaban el coche, cuya dirección había sido confiada al Sr. Almira, las señoritas de Ordeig, Sociats y Marco (P. y E).

Centro de fantasía.—Sobre una plataforma de verdura y flores, alzabase un monumental centro de mesa, de correcto dibujo, rematado por un cisne y ocupado por las señoritas de García (D. y A.), Marín, Pérez, Marzal y Serrano.

Lawn-tennis.—Formaban este carruaje, obra del Sr. Llácer, dos grandes pelotas y una raqueta muy acertadamente combinadas, y en él iban la señora de Ibáñez Ripollés y las señoritas de Aragonés y Fernández.

Fueron asimismo muy admirados los carruajes titulados *Un cometa*, *La Señera*, *Alegoría de la música*, *Juego de bolos*, *Alegoría valenciana*, *Un embudo*, *Espejo modernista*, *Tiro de langostas*, *Capricho Luis XV*, *Armas de Cupido*, *Jarrón japonés*, *Un termómetro*, *Joyerero con figuras*, *Tres girasoles*, *Anfora* y la *Carroza de las reinas*, que habían sido contruídos respectivamente por los Sres. Peyá, Róds, Llácer, Castrillo, Merás, Simó, Garreguet y Viñó, Merás, Romero y Orozco, Roda, Boví, Desfilis, Bigné, Herreros y Sigüenza.

Todas estas carrozas iban ocupadas por distinguidas señoritas:

Después de dar los coches la vuelta á la Alameda, entre los aplausos del numeroso público congregado en el hermoso paseo, comenzó la batalla de flores, que fué empeñadísima y terminó á las ocho de la noche, habiéndose cruzado entre los combatientes más de 200.000 ramos.—T.



«Lawn-tennis» carroza presentada por el Sr. Ibáñez Ripollés (De fotografía de V. Barberá.)

bro un largo palo, de cuyos extremos pendían dos banastas, en las que iban la señora de Aragonés

che, habiéndose cruzado entre los combatientes más de 200.000 ramos.—T.

Las casas extranjeras y españolas que deseen anunciarse en LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA y EL SALÓN DE LA MODA diríjanse para informes á los editores Sres. Montaner y Simón, calle de Aragón, núm. 255.—Barcelona

ANEMIA DEBILIDAD Verdadero **HIERRO QUEVENNE**
Curadas por el Verdadero. El mas activo y económico, el unico Inalterable.—Exigir el Verdadero, 14, R. Beaux-Arts, París.

NUEVA REIMPRESIÓN

PENSAMIENTOS
Y RECUERDOS

DE OTÓN, PRÍNCIPE DE BISMARCK

Notabilísima obra que constituye una herencia preciosa para la Historia, y es fuente de sin igual riqueza para los estadistas é historiadores de todas las naciones. Forma dos tomos de más de 400 páginas cada uno, ilustrados profusamente, y encuadernados en tela con corte dorado, y se vende al precio de 15 ptas. en la casa editorial de Montaner y Simón, Aragón, 255, Barcelona.

HISTORIA GENERAL de FRANCIA

ESCRITA PARCIALMENTE
POR REPUTADOS PROFESORES FRANCESES

Edición profusamente ilustrada con reproducciones de códices, mapas, grabados y facsimiles de manuscritos importantes, á 50 céntimos cuaderno de 32 páginas

MONTANER Y SIMÓN, EDITORES

VIDA DE LA VIRGEN MARÍA

CON LA HISTORIA DE SU CULTO
EN ESPAÑA

Dos tomos en folio, ricamente encuadernados, 100 pésetas

ANEMIA + CLOROSIS
APROBACION de la ACADEMIA de MEDICINA de PARIS
Las Auténticas

PÍLDORAS DE BLANCARD
de Paris (2 ó 6 al día)
no se venden sueltas
EXIJANSE LA FIRMA Y EL RÓTULO VERDE

JARABE DE BLANCARD
Inalterable (2 ó 3 cucharadas al día)
DESCONFIESE de los SIMILARES INEFICACES
LEUCORREA + DEBILIDADES



Estokolmo.—Congreso Internacional de la Paz. Grupo de congresistas. (De fotografía comunicada por Carlos Trampus.)

Se ha celebrado recientemente en Estokolmo el Congreso Internacional de la Paz, al que han concurrido seiscientos delegados de veinticuatro naciones. Entre los más notables congresistas figuraban: por Alemania, el profesor Oswald, de Leipzig, que obtuvo el premio Nobel en 1909; por Austria, los Sres. Kobatsch y Kolben; por Bélgica, la baronesa de Laveleye, el senador La Fontaine y el expresidente de la Cámara de Diputados Sr. de Sadelcer; por Dinamarca; el Sr. Bajer, laureado también con el premio Nobel; por Francia, los Sres. Le Foyer, Prudhommeau, Richet y Ruysen; por Hungría, el chambelán Giesswein; por Italia, el senador Gubernatis; por Rusia, el príncipe Dolgorukoff; por Turquía, el presidente de la Cámara de Diputados Riza-Ajmed bey, etc. De Inglaterra fueron muchos presidentes de sociedades de la paz, y hasta China y Australia estuvieron representadas en el congreso.

La sesión inaugural se efectuó el día 1.º de este mes y en ella el conde Taube, nombrado presidente honorario, pronunció un elocuente discurso sobre el tema «Patria y pacifismo.» Leyéronse además varios telegramas y cartas de adhesión, entre ellos del rey de Suecia, del conde Tolstoi y del Sr. Dunant, fundador de la Cruz Roja.

El congreso se constituyó en secciones de enseñanza, de desarme, de legislación internacional, etc., y ha aprobado, entre otras varias proposiciones, una del Dr. Rogiano, de Milán, para que se organice un referéndum monstruo sobre la cuestión de la paz armada y del desarme internacional progresivo.

Los miembros del congreso han sido obsequiados con un gran banquete, una *garden-party* en el palacio real y otras fiestas.

LIBROS ENVIADOS Á ESTA REDACCIÓN

POR AUTORES Ó EDITORES

MARÍA CRUZ, poema social, por *José Díaz Maclas*.—Inspirada composición, de interesante asunto y bien versificada. Un folleto de 20 páginas impreso en Badajoz en la tipografía de Antonio Arqueros.

EL CONEJO, LA LIEBRE Y EL LEFÓRIDO, por *D. Francisco de A. Darder y Limona*.—Manual práctico de la cría y multiplicación de dichos roedores y descripción de todas las razas, de sus enfermedades y de su tratamiento. Un tomo de 220 páginas profusamente ilustrado, editado en Barcelona por Francisco Puig.

CENTRO GALLEGO DE LA HABANA. MEMORIA QUE LA

JUNTA DIRECTIVA PRESENTA Á LOS SRES. SOCIOS EN 6 DE FEBRERO DE 1910.—Esta memoria es una nueva demostración de la extraordinaria importancia alcanzada por aquella entidad y de los grandes servicios prestados á sus socios en materias de instrucción y beneficencia. Un tomo de 272 páginas con ilustraciones impreso en la Habana, en la imprenta de Rambla y Bouza.

DOS AMIGOS. POESÍA Y PROSA. Novelas de *Alejandro Kiehlund* traducidas por *Manuel Pons*.—Un tomo de 92 páginas que forma parte de la Biblioteca Popular de «L'Averç» que se publica en Barcelona. Precio, 50 céntimos.

INFORME DEL PRESIDENTE DEL I. CONCEJO CANTONAL DE GUAYAQUIL, REFERENTE AL MOVIMIENTO ADMINISTRATIVO DURANTE EL AÑO DE 1909.—Un tomo de 110 páginas, con algunos grabados, que contiene numerosos é interesantes

datos sobre el desarrollo alcanzado por aquel cantón ecuatoriano; impreso en Guayaquil en la imprenta de Gutenberg.

CRÓNICA DE LA FIESTA DEL ARBOL EN ESPAÑA EN 1909.—Contiene, además de varios documentos oficiales, relatos de las fiestas del árbol celebradas el año pasado en 85 poblaciones y en las que se han plantado 127.329 árboles. Un tomo de 148 páginas ilustrado con profusión de grabados é impreso en Barcelona, en los talleres gráficos de José Casamajó.

CUENTOS AZULES, por *Miguel Alvarez Chape*.—Colección de diez y ocho cuentos primorosamente escritos y que á la belleza de su estilo unen el interés de los asuntos y la bondad del fondo, ajustado á la más sana moral y á la más pura ortodoxia. Un tomo de 304 páginas con 20 láminas, de A. Femenia, impreso en Barcelona, en la Tipografía Católica. Precio, 2'50 pesetas en rústica y 3'50 en tela.



Agua mineral natural **TONA ROQUETA**

Cura las diferentes manifestaciones del ESCROFULISMO, HERPETISMO y SÍFILIS; los estados morbosos del corazón, riñones é hígado; la cloro-anemia y reumatismo, así como la TISIS y demás afecciones del aparato respiratorio, propias de las fosas nasales, faringe, laringe, bronquios y pulmones.

Se vende en todas las farmacias y establecimientos de aguas minerales.

Los pedidos al por mayor pueden dirigirse á D. JOSÉ ROQUETA, TONA (BARCELONA).

PATE ÉPILATOIRE DUSSEY

destruye hasta las RAICES el VELLO del rostro de las damas (Barba, Bigote, etc.), sin ningún peligro para el cutis. 50 Años de Éxito, y millares de testimonios garantizan la eficacia de esta preparación. (Se vende en cajas, para la barba, y en 1/2 cajas para el bigote ligero). Para los brazos, empléese el PİLIVORE, DUSSEY, 1, rue J.-J. Rousseau, París.

Quedan reservados los derechos de propiedad artística y literaria

IMP. DE MONTANER Y SIMÓN